6316

La loca aventura

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

MM. FLERS, REY y CAILLAVET

VERSIÓN CASTELLANA DE

José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
LIBRERÍA
PRADO, 26
MADRID

Copyright, by J. Juan Cadenas y E. F. Gutiérrez-Roig, 1915

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1915

LA LOCA AVENTURA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

99

LA LOCA AVENTURA

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

MM. FLERS, REY y CAILLAVET

VERSIÓN CASTELLANA DE

José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiérrez-Roig

Estrenada con gran éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 9 de Febrero de 1915

MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Srta. Pérez de Vargas.
LA SEÑORA DE TREVILLAR.	Sra. Alba.
LA CONDESA DE EGUSON..	Martínez.
ERNESTINA	Srta. Riquelme.
SEÑORA DE VERSEL	Sra. Soriano.
JUANITA DE VERSEL	Srta. Carbone.
SUSANA SERIÑAN	Segura.
LA SEÑORA DE CHATAM...	Sra. Calvo.
LA SEÑORA DE GASTONET.	Villa.
LA SEÑORA DE VARSOLIER.	Srta. Tamames.
MARÍA DE VARSOLIER	Garcés.
TERESA DE VARSOLIER	Peñalver.
SEÑORA DE SALAM	Monserrat.
LA SEÑORA DE MIRLIFLOR.	Robles.
UNA COSTURERA	Hurtado.
UNA DONCELLA	Tejada.
ANDRÉS	Sr. González.
VALENTÍN DE BARROYER..	Bonafé.
CONDE DE EGUSON	Romea.
SANTIAGO SERIÑÁN	Asquerino.
LARIGÓ	Del Valle.
EL SEÑOR CHATAM	Zorrilla.
EL DOCTOR	Caba.
MARQUÉS DE MARVA	Moreno.
JUAN	Insúa.
RAMÓN	Rasche.
UN MOZO DE ESTACIÓN	Muñoz.

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

En el castillo de San Germán. El salón de una elegante «Villa» en el campo, las paredes tapizadas de seda, retratos de familia con molduras de buen gusto, mobiliario de estilo. A los dos lados del foro la decoración se desvía ligeramente formando chaflán. En cada lado una gran puerta vidriera. La de la izquierda dejará ver un gran trozo del parque. La de la derecha comunica con una galería cerrada. Al foro, en el centro, chimenea con gran vidriera transparente. A los costados, primer término, puertas practicables. La lateral izquierda da acceso al gabinete de Elena. La escena estará llena de canastillas de rosas y «bouquets», predominando el color blanco. Es de día.

Al levantare el telón, la señora de Versel, Juanita y Santiago Seriñán, agrupados alrededor de una mesa, estarán escribiendo en unas listas que rompen a cada instante para volver a comenzar de nuevo. La Condesa de Eguson va de un lado a otro, muy agitada. muy nerviosa, arreglando los ramos de flores y queriendo estar en todo. Juan, el mayordomo, permanece al lado de la Condesa.

La señora de Versel y Juanita visten con elegancia. Santiago Seriñán vestirá chaquet, pantalón rayado y chaleco blanco. La Condesa de Eguson, elegantisima. Cabellera rubia, pintada, natuo ralmente; adornada y compuesta como una mujer que ha doblada el cabo de los cincuenta y quiere que la digan que no represent- más que treinta y cinco.

608541

ESCENA PRIMERA

La CONDESA DE EGUSON, la SEÑORA DE VERSEL, JUANITA, SANTIAGO, JUAN y una DONCELLA

Cond.ª (Al criado.) Juan... Acérquese usted... ¿Se me habrá olvidado algo?... ¡Ah!... Una boda en el campo es algo así como un incendio. ¿Qué hora es?

Juan Las nueve y media, señora Condesa.

Cond.ª A las diez empezarán a llegar los invitados. Cuide usted que estén los coches a tiempo en la estación. El tren especial que hemos puesto llega a las once y veinte.

Sant. Mi mujer vendrá en el auto. Si le necesitas puedes disponer de él.

Cond.ª Gracias, querido primo... Lo tendré en cuenta.

Versel ¿Y a mi hija y a mí, que estamos trabajando como fieras desde hace tres días, no nos dices nada?

Cond.ª ¡Calla, por Dios! No lo olvidaré jamás. ¡Ah! Juan... Acuérdese usted de indicar el garage a los coches.

Juan Sí, señora Condesa.

Cond.ª Quiero que todo, hasta el detalle más insignificante, esté previsto. ¿Ha mirado usted el termómetro?

Juan Sí, señora Condesa.

Cond.ª ¿Y qué dice?

Juan Sube.

Cond.ª ¿Y el señor Conde?

Juan Trabaja en su despacho. (Vase foro izquierda.)

Cond.ª ¡Trabaja! Pero, ¿no oís esto? Ahí tenéis a mi marido, un hombre de sesenta años, que se llama el Conde de Eguson, que es profesor de egiptología, que ha llegado ayer mismo de Egipto para casar hoy a mi sobrina, mejor dicho, a la suya, porque Elena es hija de su hermana, y mientras yo me ocupo de todo, ¿qué creéis que hace? Pues absolutamente nada. Ya lo veis... Está trabajando en su despacho. Es para volverse loca. En fin, yo le quiero tanto...

Juan Elena la ayuda a usted también.

Cond.ª ¡Bah! Elena no piensa más que en la felicidad que la espera... ¡Ah! Adora a su prometido.

Versel Hace bien. Valentín es un hombre encantador.

Cond.ª Es muy simpático. ¿Están terminadas ya las listas del cortejo?

Versel En seguida... La ausencia de la generala nos ha hecho cambiarlo todo... Es tan complicado esto... Tenemos aquí un hombre del que no sabemos qué hacer.

Cond.ª Métele en cualquier parte. Un hombre no es molesto nunca. ¡Ah, Juan!...

(Juan entra en este momento con dos nuevos cestos de flores que coloca sobre la mesa)

Juan Señora Condesa...

Cond.ª ¿El buffet está preparado?

Juan Sí, señora.

Cond.ª ¿Han llevado el sillón a la iglesia?

Juan Voy a enterarme. (Vase Juan foro izquierda.)

Cond.ª Vaya usted, vaya usted pronto. Yo estuve esta mañana ..

Versel ¿Dónde? ¿En la iglesia?

Cond.ª ¡Claro! Cuando concluí de hacer varias compras me fuí a oir misa... No he querido olvidar al Señor... Hay que estar en los menores detalles .. ¡Es para volverse loca!

Sant. ¿Por oir misa?

Cond.ª Primito, no tengo ganas de bromas. Hoy es un día solemne, y a mí me emocionan estas cosas. Oye, Luisa... ¿no te parece que este vestido me hace grandes las caderas?

Versel Ni mucho menos.

Jua. La sienta a usted a maravilla.

Cond.ª ¿Sí? ¡Qué sé yo! Me parecía .. Porque ya sabéis que cuando se arrodilla una ante el altar... ¡claro! con el movimiento de la inclinación, las caderas...

Sant. Es verdad, es verdad... ¡Saltan a la vista!

Cond.ª Naturalmente... ¡Ah! ¡Es para volverse loca!

Donc. (Aparece lateral izquierda.) La modista está probando el vestido a la señorita Elena.

Cond.ª Ya voy, ya voy. Juanita, ven conmigo. ¡Oh! Esta boda me va a dar más que hacer... Estoy tan preocupada... (Vase Doncella.)

Sant. Pero, ¿por qué?

Cond.ª Si no lo sé... ¡Ah! Las flores de azahar para los cocheros... Ya lo había olvidado. ¡Luisa! ¡Luisa!

(Sale lateral izquierda seguida de Juanita.)

ESCENA II

La SEÑORA DE VERSEL y SANTIAGO

Sant. (Repasando las listas.) Amiga mía, yo no encuentro la solución.

Versel Yo tampoco. Aquí sobra un hombre.

Sant. Es verdad. Aquí hay un hombre demás. Si tuviésemos una señora... Esta Elena tiene poca familia por lo visto.

Versel Es huérfana. Por eso su tío, el Conde, la recogió hace tres años.

Sant. Yo he oído hablar de su abuela.

Versel Sí... La señora de Trevillar... Es una ancianita que no sale de su provincia. Además, está a matar con la Condesa por no sé qué pleito de una herencia.

Sant. (Mirando la lista.) A mí no se me ocurre más que suprimir un hombre en el cortejo.

Versel Sí, pero, ¿cuál?

Sant. Aquí hay un Marqués de Marvá... ¿Le suprimimos?

Versel ¿Está usted loco?

Sant. ¿Por qué?

Versel Pero si Marvá fué el primer amor de la Condesa...

Sant. ¡Ah, no lo sabía! Y este otro... Mortier...

Versel ¿El señor de Mortier?... La Condesa no entrará en la iglesia, si no le ve allí.

Sant. ¿Eh?

Versel Claro, hombre.

Sant. ¿Ha sido su segundo amor?

Versel No. Su último amor.

Sant. ¡Caramba con mi prima! Pero, ¿y el Conde? ¿No sabe ninguno de estos detalles?

Versel Amigo mío, el Conde es demasiado sabio para saber nada.

Sant. No se parece mi prima a mi mujer... Ahí tiene usted... Mi mujer no ha conocido más

hombre que yo, ni ha tenido más novio que yo... He sido su primer amor... Su único amor.

Versel Pues es raro.

Sant. ¡Toma! Por eso me casé.

Versel Bueno, ¿y qué hacemos con este hombre que nos sobra?

Sant. Suprimirle.

Versel Si encontrásemos un apellido insignificante... ¿Quiere usted sacrificarse?

Sant. ¡Yo! Y si no... Bueno... Me sacrificaré... Bórreme usted del cortejo.

ESCENA III

DICHOS, la CONDESA; luego VALENTÍN y JUAN

Cond.ª (Entrando.) ¡Muy mal! ¡Muy mal! Ese velo es una chapucería. Hay que cambiarle... ¡Qué atrocidad!

Juan (Anunciando.) Señora Condesa, el señor Barroyer acaba de llegar.

Cond.ª ¿El novio? ¡Que pase! ¡Que pase! Buenos días, Valentín.

Val. (Por el foro izquierda.) Buenos días, señora. (A la señora Versel.) Señora, ¿y Elena? ¿Está bien?

Cond.ª Muy bien. Se está vistiendo. ¡Ah, es feliz!

Val. Cuánto lo celebro. Yo también... yo también estoy contento... muy contento.

(Se quita el gabán y los guantes. Viste traje de levita correctamente. Es hombre meticuloso, ordenado, serio. Cuida la ropa, se sienta con precaución para no arrugar el faldón de la levita, se sacude las motas del pantalón y habla siempre con voz igual. Hasta cuando se incomoda, no levanta el tono de voz. No ha inventado la pólvora, pero esta muy bien educado.)

Versel Es usted puntual.

Cond.ª ¡Oh, Valentín es un reloj!

Val. Es verdad. Lo he sido siempre. Hasta cuando era pequeño. Pero esta mañana... ¿qué quieren ustedes? Me dieron intenciones de venir antes de la hora.

Cond.ª ¿No se conocen ustedes? Santiago Seriñán...

Sant. Caballero...

Val. Creo que vamos a ser un poco primos, porque usted es primo de Elena en cuarto grado.

Sant. Justo..

Val. Usted es del Perigord también, como Elena.

Sant. Sí, señor; sí.

Val. Elena y yo nos iremos hoy mismo al Perigord... Diga usted, ¿sabe usted por casualidad si tomando el tren de las tres y cincuenta, hay que cambiar en Orleans?

Sant. No le puedo a usted decir.

Val. En la guía no hay ninguna indicación. Y usted, ¿lo sabe? (A la Condesa.)

Cond.a ¿Qué?

Val. ¿Si el exprés de las tres y cincuenta, cambia en Orleans?

Cond.a (Indignada.) ¡Yo!...

Val. Sí; es verdad... iré a enterarme ahora. ¡Ah! ¿Han enviado el equipaje de Elena a la estación?

Cond.a Supongo que sí.

Val. Entonces voy a facturarlo.

Cond.a No, hombre, no. Que vaya un criado.

Val. Prefiero hacerlo yo. Tengo tiempo y la estación está cerca. Los equipajes, cuando no van acompañados, corren peligro. Si no lo hago yo, tendré la preocupación todo el viaje. Hasta ahora mismo. Vuelvo en seguida. (Vase foro izquierda.)

Sant. Y yo voy a salir al encuentro de mi mujer. Ya la conoces. Es tan tímida.

Cond.a Sí, sí.

Sant. La pobre me adora... Claro... ¡He sido su único amor!

Cond.a Ya lo sé, hombre, ya lo sé... ¡Anda! ¡Anda!

Sant. Hasta luego. (Vase foro izquierda.)

ESCENA IV

La CONDESA, la SEÑORA DE VERSEL, luego LARIGÓ

Juan Señora... el señor Larigó...

Cond.a ¡Ah! Que pase...

Versel ¿Quién es?

Cond.a Ahora verás...

Larigó (Inclinándose.) Señora Condesa... (En el umbral del foro izquierda.)

(Larigó es un hombre de 48 a 50 años. Viste levita, cuello alto de militar; usa grandes bigotes y su fisonomía será un poco vulgar. Debe hacer la impresión de un hombre que ha servido largos años en el Ejército como sargento y al que después han premiado sus servicios, con un empleo policíaco de confianza.)

Cond.ª Adelante... (Reparando en él.) Pero ahora que me fijo... Sí... Yo creo que le conozco a usted...

Larigó La señora Condesa es muy amable... En efecto, nos hemos encontrado con frecuencia en los salones.

Cond.ª Sí, sí... Ya recuerdo.

Verse! Pero ¿quién es?

Cond.ª Este caballero, es el inspector que me envía el jefe de Seguridad para que vigile los regalos.

Larigó Generalmente soy yo el encargado de esta clase de servicios. Yo he tenido el honor de llamar la atención días pasados a su excelencia el conde Brautolo, en el momento en que, por inadvertencia, iba a meterse en el bolsillo una figurita de marfil del siglo XV... sin saber que era falsa. Esto ocurrió en casa de la Duquesa de Granville...

Cond.ª Sí, sí... Ya sé... Los regalos están colocados ahí fuera, en la galería...

Larigó ¿La señora Condesa tiene algunas instrucciones que darme?

Cond.ª No, no... Ninguna.

Larigó ¿No hay que vigilar especialmenle a ninguna persona de su familia o de sus relaciones?

Cond.ª No, señor... No creo...

Larigó No está mal... Veo que mi presencia será casi inútil. Ahora sólo deseo que la señora Condesa me diga si debo hacer la vista gorda cuando algún invitado trate de cambiar las tarjetas...

Cond.ª No comprendo... ¿Qué quiere usted decir?

Larigó ¿La señora Condesa no lo sabe? A veces, el invitado que ha hecho un regalo modesto, aprovecha una distracción para cambiar de sitio su tarjeta y colocarla en el estuche de

un objeto de más valor... ¿Debo tolerarlo y no darme por enterado?

Cond.ª Pero... ¿se hace eso?

Larigó Señora Condesa... Eso se hace en todas las bodas...

Cond.ª ¡Qué barbaridad! (Transición.) Y el caso es que la idea resulta ingeniosa. En fin, yo lo dejo a la discreción de usted...

Larigó Entonces voy a ocupar mi puesto. (Va a salir.)

Cond.ª De todos modos a mí me parece feísimo eso de vigilar los regalos...

Larigó (Volviéndose respetuosamente.) Tiene usted razón, señora... Pero nosotros no vigilamos los regalos; nos limitamos a vigilar a los invitados... Señora Condesa... (Vase foro derecha.)

ESCENA V

La SEÑORA DE VERSEL y la CONDESA

Versel Por fin estamos solas. No ha habido manera de que pudiésemos hablar en toda la mañana. Dime... ¿Ocurre alguna novedad?

Cond.ª Nada... Ya lo ves... Todo sale a pedir de boca.

Versel Menos mal... Te juro que hay momentos en que temo que surja algo inesperado...

Cond.ª No lo creas. He dispuesto bien las cosas... Además, lo he hecho en interés de todos... Elena no se puede quejar... Valentín es un gran partido, un hombre rico, formal, serio...

Versel Realmente los procedimientos que has empleado...

Cond.ª Hija, no he podido elegir... No tenía otros.

Versel Eres admirable.

Cond.ª Estoy satisfecha de mi obra. Después de hacerlo lo he pensado bien, he reflexionado mucho. Ya sabes que yo no puedo pensar nunca las cosas hasta después de hacerlas. Antes no me doy bien cuenta de ellas.

Versel En fin, allá tú...

Cond.ª ¡Silencio!

ESCENA VI

DICHAS y VALENTÍN. (Entaa por el foro izquierda.)

Val. ¿Está ya visible Elena? (Quítase el gabán y los guantes.)

Cond.ª Todavía no. ¿Qué hora es?

Val. Las diez y doce minutos. He dejado facturado el equipaje.

Versel ¡Vamos! Así estará usted tranquilo.

Val. Sí, señora, sí. Ya estoy tranquilo. El jefe de estación es un hombre amabilísimo...

Cond.ª Sí, es un buen hombre.

Val. ¡Y pensar que después de doce años de servicios, sólo tiene mil quinientos francos de sueldo y quince días de vacaciones al año!

Cond.ª Pero, ¿cómo lo sabe usted?

Val. Mientras facturaban los equipajes hemos estado charlando. Le he hecho algunas preguntas...

Cond.ª Es particular. Preguntar esas cosas el día de la boda...

Val. ¿Por qué?

Cond.ª No... por nada. ¡Ah! Por fin. Aquí está mi señor marido.

ESCENA VII

DICHOS y el CONDE DE EGUSON

El Conde de Eguscn es un hombre de sesenta años, pelo blanco, cabeza inteligente, aire bondadoso, paternal. Viste con elegancia natural, sin rebuscamientos ni afectación. Juguetea con su «monocle» y habla siempre con tono persuasivo, amable, de una gran cortesanía. Al entrar en escena por el foro derecha besa la mano a la señora de Versel

Conde Buenos días, amiga mía. (A la señora de Versel.)

Versel ¿Que tal, Miguel?

Conde (A Valentín.) ¡Hola, futuro sobrino! ¿Y Elena?

Val. Está en manos de las costureras...

Versel Ya era hora de que nos volviésemos a ver. Se fué usted a Egipto a pasar seis semanas..

Cond.ª Y se ha estado allí tres meses. ¡Es para volverse loca!

Versel ¿Tanto le han entretenido esas excavaciones?

Val. ¿Ha encontrado usted alguna momia?

Conde He pasado en Egipto horas deliciosas. ¡Qué quieren ustedes! Cuando tiene uno la fortuna de tropezar con una bailarina...

Val. (Sorprendido.) ¿Eh?

Conde ¡Oh! Tranquilícese usted. Es una bailarina que vivió hace tres mil años. Se llamaba Taía. Se ha averiguado que coqueteaba con un tío suyo y un mono y que los dos se parecían mucho. Tengo el retrato de Taía en casa, y aunque las facciones han desaparecido, los ojos ríen todavía.

Versel Ya nos la presentará usted...

Conde Con mucho gusto. Crean ustedes que lo merece. Durante mi estancia en Egipto y mientras la conservé a mi lado, no me dió un solo disgusto, no me molestó jamás, no me pidió dinero nunca y me guardó una fidelidad tan exagerada que... yo creo que te hubiera dado celos. (Besa la mano, sonriendo respetuoso, a la Condesa.)

Cond.ª Aquí le tenéis. Es él. De cuerpo entero. Ha llegado veinticuatro horas antes de la boda de su sobrina, en el momento en que yo estoy loca... porque yo estoy loca... Y, ¿qué es lo que se le ocurre? Hablarnos, casi con lágrimas en los ojos, de un pingo que han encontrado en un obelisco... Mi querido Valentín... Este es, éste es su tío...

Juan (Entrando.) Señora Condesa... El buffet está preparado y sólo faltan las flores.

Cond.ª Es verdad. Voy ahora mismo. Anda, acompáñame Luisa. Diga usted, Juan.. Los camareros, ¿han venido? ¿Han mandado al peluquero a casa del cura, para que le afeite? ¿Está hecha la comida de los *chauffeurs?* ¿Han ido los criados a la estación? (Sale haciendo preguntas por el foro derecha. La señora de Versel y Juan la siguen.)

Conde (Sonriendo bondadoso.) Ahí la tiene usted, mi querido Valentín. ¡Esa es su tía!

Val. Sí, sí...

ESCENA VIII

EL CONDE y VALENTÍN

Conde (Sentándose.) Por cualquier cosa se vuelve loca. En fin, tenemos por delante unos momentos de calma. Siéntese usted.

Val. Estoy a sus órdenes.

Conde Porque realmente todos estos acontecimientos se han precipitado durante mi ausencia, y yo no sé una palabra de nada. Ayer, apenas llegué, mi mujer estuvo hablando tres horas conmigo, pero yo no pude hablar un solo instante con ella. Ahora saldrá Elena, y usted se dedicará a ella, como es natural. No nos quedan más que unos cuantos minutos para conocernos. ¿Quiere usted que los aprovechemos?

Val. Sus bondades me confunden; pero, ante todo, quiero decirle que me enorgullece entrar en la noble familia de un sabio como usted...

Conde ¡Bah! Tonterías... No perdamos el tiempo. Verá usted lo que vamos a hacer. Usted me habla de sus cosas y yo le hablaré de las mías, y si vemos que simpatizamos, nos trataremos constantemente y resultará muy agradable. Y si no simpatizamos, no nos volveremos a ver y resultará muy agradable también.

Val. Como usted quiera. A nadie le gustan más que a mí las situaciones precisas.

Conde Sí. Es usted hombre de orden.

Val. Precisamente. Un hombre de orden. Siento por el orden un amor verdaderamente desordenado. Me gustan la exactitud, la claridad, las cifras... Sin duda por eso he ido a parar al Tribunal de Cuentas.

Conde Ya sé que tiene usted una situación brillante.

Val. ¡Oh, no! Es usted muy amable. Yo no creo que se pueda decir eso de mí. La verdad es que yo no brillo más... que en aquellas cosas que no son brillantes.

Conde Por lo pronto es usted modesto, y eso está

muy bien cuando se tiene una fortuna como la de usted.

Val. Poseo ciento cincuenta y dos mil francos de renta.

Conde Es mucho...

Val. Es demasiado... sobre todo para mí.

Conde ¿Por qué?

Val. Porque, en primer lugar, esta herencia llegó a mis manos muy tarde... demasiado tarde. Yo tenía ya mi situación; mis gustos estaban formados, mis costumbres, mis aficiones eran cosas viejas... Y no quise cambiar de vida, a pesar de la fortuna que entraba por las puertas de mi casa.

Conde Hizo usted perfectamente.

Val. Sí... Yo creo que sí... Además, mi manera de ser, es modesta por naturaleza. No vivo para aparentar. Gasto mis rentas con largueza, pero sin ostentación, sin que se entere la gente. A mi alrededor todas las cosas disminuyen de importancia, se achican, se empequeñecen... Ya ve usted. Hace poco tiempo, en unión de varios amigos, sufrí un accidente de automóvil. ¡Ah! Pero no crea usted. Fué gravísimo. Hubo brazos rotos, piernas magulladas... ¡Terrible! Bueno, pues yo sólo tuve un rasguño en un dedo. Y para que fuese más insignificaute, ¡en el dedo meñique! Es que, por lo visto, las cosas más grandes, al llegar a mí se hacen chiquititas, chiquititas...

Conde Es curioso. Yo, hasta ahora, no conocía más que el caso contrario. Por ejemplo, el de esas mujeres hermosas que embellecen cuanto las rodea y... porque es tal el prestigio de su hermosura que hasta cuando se ponen un collar de perlas falsas, todo el mundo cree que son buenas.

Val. Pues lo que es yo, si me pusiera un collar de perlas buenas... ¡todo el mundo diría que eran falsas!

Conde Perdone usted si soy indiscreto; pero, desde el momento que va usted a contraer matrimonio con Elena, creo que tengo derecho a serlo. ¿No ha tenido usted aventuras amorosas?

Val. ¡Bah! Cosas poco serias... Dos o tres relaciones discretas... Muy discretas... Sin embargo, últimamente tuve amores con una tiple...

Conde ¡Ah!

Val. Sí. Una artista bastante conocida. Hacía papeles importantes; pero apenas me conoció, ya no le dieron más que papelitos pequeños, embolados, como dice la gente entre bastidores. Cosas insignificantes. Y me dejó porque decía ella: —Bueno... ya sabe usted qué expresiones emplean esas muchachas de los teatros.—Decia que yo la daba mala pata...

Conde Hace falta mucha sinceridad en usted para decir eso.

Val. Sí, señor, sí. Soy muy sincero.

Conde Y muy agradable.

Val. Sí, señor. Soy muy agradable.

Conde Espero que simpatizaremos y que se hará usted muy amigo de mi hijo.

Val. No le conozco todavía.

Conde ¿No conoce usted a Andrés?

Val. Creí que asistiría a la boda.

Conde Por lo visto no ha podido venir. Ya sabe usted que le han agregado a la Embajada de Viena, y en estos momentos no puede abandonar el puesto. Quiere mucho a Elena y desearía, como yo, que la haga usted muy dichosa.

Val. Le juro a usted que estoy decidido a hacer dichosa a Elena.

Conde Ella lo merece. Desde que a la muerte de mi hermana quedó huérfana y vino a vivir con nosotros, yo he tenido ocasión de conocerla y estimarla más cada día.

Val. Señor Conde... quizá le parezca presuntuoso lo que voy a decirle, pero creo que conozco bien a Elena, sobre todo por lo que me ha hablado la Condesa...

Conde ¿Mi mujer? ¡Ah!

Val. Sí... La Condesa me ha hablado mucho desde el día que se le ocurrió la idea de este matrimonio.

Conde Pero fué a mi mujer a quien se le ocurrió la idea?

Val. ¡Claro!

Conde Ella me había dicho... No... No... Creí yo que había sido usted...

Val. Ca, no señor, ni mucho menos... Fué ella.. La Condesa... ¡Es tan buena! A mí me presentaron en esta casa hace cuatro meses nada más... Yo no me aburría, no estaba enfermo, no echaba de menos nada... Vamos que no sentía la necesidad de casarme... Y ahí verá usted... La Condesa adivinó desde el primer instante, que Elena y yo estábamos hechos uno para el otro... Me convenció de que yo la quería... Ella... ella... la Condesa... Y usted no sabe lo que trabajó para aproximarnos, para hacer que simpatizáramos, para precipitar nuestra felicidad... Es una mujer admirable...

Conde ¡Vaya, hombre, vaya!

Val. Ella está segurísima de que vamos a ser dichosos y yo tengo una confianza ciega en ella; en su penetración, en su clarividencia...

ESCENA IX

DICHOS. ELENA y COSTURERAS 1.ª y 2.ª

Elena (Vestida ya con el traje blanco de novia. La acompañan dos Costureras que la están probando el velo.) Vengan ustedes aquí que hay más espacio... (Han salido por lateral izquierda.)

Conde ¡Ah! Por fin... Ya se te ve... ¡Qué linda estás!

Elena Buenos días, tío...

Val. Buenos días, Elena. (Cogiéndola las manos.)

Elena ¿Qué tal, Valentín?

Val. (Queriendo decir una cosa solemne, pero de manera que resulta la cosa más natural del mundo.) Elena... Hoy nos casamos...

Elena Sí...

Val. ¡Estoy muy contento!

Elena Y yo también. (Con naturalidad.)

Val. Tengo motivos para estarlo... Eres puntual... No son más que las diez y cuarenta y ya estás vestida... Magnífico... Estoy muy contento...

Conde ¿Sabes que ese vestido te sienta divinamente?

Elena Hemos venido aquí para cogerle unos pliegues... Mi habitación está que no se puede dar un paso... (A las costureras que estarán sentadas en el suelo dando las últimas puntadas.) Cójale usted un poquito de ahí...

Cost. Si, sí... Ya lo veo...

Val. Vamos a tener un día espléndido...

Elena Sí...

Val. El viento viene del Norte... Señal de buen tiempo...

Elena (A la costurera.) Un poquito más... Un poco más todavía...

Cost. Es verdad...

Juan (Entrando.) Señor Conde... El Alcalde pregunta por teléfono, los nombres de los testigos.

Conde ¡Ah! Yo no sé una palabra.

Val. Yo iré a decírselos. Ya había pensado en ello.

Conde ¿De veras?

Val. Yo me entretengo siempre en pensar en las cosas que pienso que no van a pensar los demás.

Conde Es un bonito juego de palabras.. Vaya usted, vaya usted.

Val. En un instante... Vuelvo en seguida. (Vase Valentín, seguido de Juan, por foro izquierda.)

Cost. Ya está... Ahora cogeremos los pliegues con unas puntadas. (La quitan el velo. Elena queda con el vestido blanco.)

Elena Háganlo ustedes ahí dentro. Yo las llamaré luego. (Vanse lateral izquierda las dos costureras, llevándose el velo.)

ESCENA X

ELENA y el CONDE

Conde Ven... Acércate... Déjame que te contemple. (La sienta.)

Elena Aquí me tiene usted, tío.

Conde ¿Eres dichosa?

Elena Si no lo fuera, no me casaría.

Conde Es evidente.

Elena Es evidente.

Conde He estado hablando con tu prometido. Es

un buen muchacho. Posee excelentes cualidades.

Elena Es muy bueno.

Conde Menos mal.

(Elena da unos pasos hacia la puerta, como para salir. De pronto se vuelve hacia el Conde.)

Elena Tío. Escúcheme usted. Quería decirle a usted una cosa y no he tenido tiempo.

Conde ¿Desde ayer tarde?

Elena No. Desde hace tres años.

Conde ¿Eh?

Elena A los ocho días de llegar aquí, ya tenía yo unos deseos locos de decírselo, pero lo he ido dejando para el dia siguiente mientras ha habido días siguientes.. Ahora se acaban puesto que me voy de aquí esta tarde.

Conde ¿Y qué es ello?

Elena Es... que yo le quiero a usted mucho.

Conde Pero...

Elena ¡Oh! Déjeme usted hablar... No me es fácil explicarme, no crea usted... Son palabras que esperan desde hace tanto tiempo que... Pero sí... Yo le quiero a usted mucho porque creo que nosotros dos somos un poco parecidos, lo que a usted no le gusta a mí no me gusta tampoco, las gentes que a usted no le agradan a mí me son desagradables también.. (Pausa) ¿Sabe usted? Yo no me he divertido mucho en esta casa. Bueno. ¡Pues usted tampoco! Muchas veces, en medio de los invitados, en las fiestas, en las reuniones, entre el ruido y la animación, no había más que dos personas que permanecían silenciosas... ¡Usted y yo! ¡Oh! Y esto no era una casualidad... En fin, yo estoy segura de que sin decírnoslo en estos tres años hemos vivido más íntimamente de lo que nosotros pensábamos.

Conde Eres un ángel, Elena. Sin embargo yo espero que aquí todos te habrán hecho la vida agradable.

Elena Sí, pero yo tengo que confesar que no estoy agradecida a nadie más que a usted.

Conde Pero no es justo decir eso.

Elena No.

Conde Eso está muy mal.

Elena Sí.

Conde Pero me da mucho gusto que me lo digas. (Cogiéndola las manos.)

Elena Estaba segura.

ESCENA XI

DICHOS y VALENTIN

Val. Ya he telefoneado. El Secretario de la Alcaldía me ha prometido tener todo arreglado. Es muy amable el Secretario. Creo que ocupa ese cargo hace ya ocho años.

Conde (Sorprendido.) ¿Y cómo lo sabe usted?

Val. Se lo he preguntado yo ahora.

Conde ¿Por teléfono?

Val. Sí.

Conde ¡Ah!

Val. Ya empiezan a llegar los invitados. He oído las bocinas de los autos.

Conde ¿Dónde estará mi mujer?

Val. ¿La Condesa? Está ahí en la galería rodeada de señoras.

Conde ¡Ay! Qué ganas me dan de ir a encerrarme con mi bailarina.. Todas esas señoras que todavía no han cumplido tres mil años ¡qué molestas son!

Elena Va usted a sufrirlas por mi culpa.

Conde Pero lo haré con gusto por tratarse de tí.

Val. Siempre le quedará a usted la satisfacción del deber cumplido.

Conde Sí. Mejor dicho, la satisfacción de no tener ya que cumplirla... Cerraré esta puerta. (La del foro.) Así os dejarán tranquilos, hijos míos. (Vase por el foro izquierda y cierra.)

ESCENA XII

ELENA y VALENTIN

Val. Querida Elena... Estos momentos son solemnes, porque cuando dentro de unas horas nos volvamos a encontrar solos, estaremos ya casados. ¡Casados! El matrimonio es una cosa trascendental.

Elena ¡Ah! ¡Ya lo creo!

Val. Soy muy dichoso... muy dichoso... Pero como en estos casos todo lo que se habla tiene tanta importancia, yo temo decir algo que parezca ridículo... Y tengo que esforzarme para buscar las palabras.

Elena No, Valentín. ¡Por Dios!

Val. Sí, sí. Ya ves... Desde hace un instante, desde que nos hemos quedado solos, estoy pensando en una cosa que es una estupidez, lo comprendo.

Elena ¿Qué es ello?

Val. Te vas a burlar de mí. Me acuerdo de un traje de caza, de terciopelo verde, que me puse por primera vez cuando tenía quince años. Era de mi padre y me lo arreglaron mal. Yo tenía unos deseos locos de ponérmelo, pero me estaba grande, el pantalón se me caía, los brazos se perdían en las mangas. ¡Qué rato pasé! Y ahí tienes tú. Es una tontería, pero no sé por qué me parece que estos momentos tienen cierta analogía con mi traje de caza de terciopelo verde. No me van bien del todo. ¡Son demasiado grandes!

Elena ¡Vaya una preocupación! Nada de eso. Conmigo has de ser sincero. Esto me basta. A mí me gusta que me hablen siempre libremente, con sencillez, con entera franqueza. Así has de ser conmigo.

Val. Eso es, eso es. Así me gusta. ¡Ay, querida Elena. ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Elena Pues vengan.

Val. ¡Oh! Será muy fácil. Además, casi todas las tengo apuntadas. (Saca de su bolsillo un carnet y le abre.)

Elena (Asombrada.) ¿Cómo?

Val. Aquí, en mi carnet.

Elena ¿En... en el carnet?

Val. Míralo... «Los criados... Meter los sombreros... Recoger los cheques del Banco.. La cédula de comunión... ¡Ah! ¿Tienes la tuya?

Elena (Sin salir de su asombro.) Sí.

Val. Muy bien. (Sigue repasando el carnet.) El automóvil... Los equipajes... De esto no te preocupes. Ya los he facturado. Te advierto que no soy partidario de enviar los equipajes

solos. Esto no lo hago nunca, pero, en fin, el día del matrimonio... Una vez no es costumbre. ¡Ah! La merienda.

Elena ¿La merienda?

Val. He pensado que vamos a tener hambre al llegar a Cantal, a tu casa de campo, y he dicho que envíen una cesta con algunas provisiones. Cuando lleguemos, la cesta estará allí.

Elena Has hecho bien. Los criados no saldrán hasta mañana. Y la pobre Ernestina está sola cuidando de la casa y no se habrá ocupado de eso.

Val. Nada más. Quedan dos o tres pequeños detalles de organización, pero de esto hablaremos luego en el tren.

Elena Como quieras

Val. ¡Ah! El vestido de viaje...

Elena Y... ¿lo apuntas todo?

Val. ¡Claro!

Elena ¿Las cosas más insignificantes?

Val. Y las más trascendentales. Mira. (Pasando las hojas del carnet y leyendo.) Once de Mayo... Pedir la mano de Elena... Trece de Mayo... Comprar la pulsera de pedida... Catorce de Junio... Mi boda.

Elena ¿También has apuntado eso? (Desconcertada sin saber lo que oye.)

Val. Sí. ¡Oh! No creas que lo hubiera olvidado. Es ya un poco de manía. La costumbre. A tí no te molesta, ¿verdad?

Elena ¡Oh, no!

Val. Sin embargo, veo que no te gusta. Sí, sí. Lo veo. Es posible que te agradara ser querida de otro modo. Pero es mi carácter así. No puedo ser de otra manera. Y luego que, ya verás. A mí me parece que conozco bien la vida. La felicidad se compone de un conjunto de pequeños detalles.

Elena Yo creí que era un gran sentimiento.

Val. Sí. También' también. Solo que tú misma te convencerás en seguida de que cuando dos personas van a estar unidas, no hay nada más apacible que un programa de vida metódico, bien organizado, para cumplirle a horas fijas.

Elena Yo hubiera preferido quizá algo de imprevisto en nuestro porvenir, un poco de incertidumbre, un poco de aventura.

Val. Sí. También, también. Pero muy poco... muy poquito... Poquísimo. Veo que sientes la atracción de lo desconocido. Eso es peligroso, Elena. Afortunadamente mis ideas son contrarias.

Elena Ya, ya lo veo. (Con disimulada tristeza.)

Val. Bah, pero es igual. Yo te quiero y como es natural he de hacer todas las concesiones que me pidas.

Elena No sabes cuánto te lo agradezco.

Val. No faltaba más. Todo lo que yo crea razonable, naturalmente.

Elena (Decepcionada.) ¡Ah!

Juan (Entrando.) Un telegrama para la señorita.

Elena Es de mi abuelita. (Se precipita a coger el telegrama y le abre. Juan vase.) (Leyendo.) A ver... «Elena. Estoy muy triste porque no puedo volar a tu lado en un día como hoy, pero qué alegría siento al pensar que te veré pronto. Ven a abrazarme. Mi corazón está contigo, participando de tu inmensa felicidad...» (Tristemente.) ¡Pobre abuelita mía!

Val. (Siempre correcto.) Tengo vivos deseos de conocerla. ¿Vive muy lejos de tu casa?

Elena A treinta kilómetros. Yo conservé nuestra casa de Cantal y ella se retiró a su posesión de Montelimar. Hace quince meses que las piernas no la dejan salir de allí. Ah, sí. Es preciso que vayamos a visitarla en seguida que lleguemos, en seguida.

Val. Con mucho gusto.

Elena No, no creas que vas a ver nada de particular. La casa solariega de mi abuela es modesta, anticuada. Como ella.

Val. Ya, ya sé. La Condesa me dijo que no es rica.

Elena ¿Que no es rica mi abuela? ¡Si la sobra todo! Tiene mil perdones para cada torpeza, mil disculpas para cada falta, mil consuelos para cada pena. Yo no sé que exista una mujer más rica que ella. ¡Oh! Qué alegría me da pensar que la voy a ver. Y mis praderas, y mis montañas, y mis rocas...

Val. Oye, oye... ¿pero es que no se cultiva la tierra en ese país?

Elena No... Es un país inútil... Por eso es tan hermoso.

Val. ¿Es templado el clima?

Elena Es muy variable. No se sabe nunca la víspera, qué tiempo hará al día siguiente...

Val. ¡Caray, qué desagradable! ¿Y las carreteras? ¿Hay buenas carreteras?

Elena Hay, sobre todo senderos de leñador, apenas trazados, en el bosque, estrechísimos, deliciosos, que no conducen dos años seguidos al mismo sitio...

Val. Pues es curioso ese país... Pero en la casa habrá una habitación confortable para trabajar.

Elena Ya lo creo... Un granero enorme, lleno de baules, de muebles viejos, de ratas y de sol... Por las ventanas se ve todo el cielo y todo el país... ¡Mi país! ¡Y es tan lindo!... No hay un solo árbol que no haya sido mi amigo, mi confidente, mi consejero...

Val. Es bonito... Es bonito... Todas esas impresiones están muy bien... Los árboles que dan consejos... Bueno, yo podría gastarte una broma, ¿eh? Pero no tengas cuidado... Te quiero mucho, Elena... Además, sé positivamente que cambiarás de manera de pensar.

Elena ¿Que cambiaré?

Val Sí... Esos ensueños, esos arranques poéticos, ¡oh! todo eso es muy lindo, desde luego... Pero, ¡vamos! Eso no es serio.. Y como tú eres una muchacha muy inteligente, bajo mi influencia variarás por completo... Comprenderás en seguida, que en la vida real es preciso tener moderación, regularidad, orden... Y concluirás por adquirir el hábito y los gustos de la exactitud en las cosas y en los sentimientos... Ya lo verás...

Elena ¿Tú lo crees?

Val. ¡Bah! Estoy seguro... Y verás como es muy agradable... Apuesto lo que quieras a que en un plazo de seis meses, cambias y acabas por pensar exactamente lo mismo que yo...

Elena (Tristemente.) Es posible...

Val. No tengas duda... Yo sé cómo hemos de hacer las cosas para ser felices...

Elena (Aterrada.) Y yo también...

ESCENA XIII

DICHOS y JUANITA

Jua. ¿Les estorbo a ustedes? (Sale por el foro derecha.)

Elena No lo creas... Entra, entra...

Jua. Ya sé que no está bien interrumpir a los novios en estos momentos... Perdóneme usted, Valentín ..

Val. Está usted perdonada.

Jua. Tiene la culpa tu tía, que me ha mandado venir. La Condesa me ha dicho:—Vé corriendo a buscar a Valentín... Acaban de llegar dos coches llenos de personas desconocidas... No sé si serán ladrones o personajes invitados por él...

Val. ¿Invitados?

Jua. Vaya usted corriendo... Si viera usted qué mala catadura tienen...

Val. Deben ser los Magistrados del Tribunal de Cuentas... Mis superiores... Voy en seguida. (Vase foro derecha.)

ESCENA XIV

ELENA y JUANITA

Jua. (Contemplando el vestido de Elena.) ¡Chica, qué bonita estás! Te cae divinamente el vestido. Es muy original.

Elena Sí... no está mal...

Jua. (Sentándose.) Y luego, tantos ramos de flores, tantos regalos... El collar... Los invitados... ¡Verte tan feliz!

Elena ¿Por qué no lo he de ser?...

Jua. Pues nada, hija, todo esto me da envidia y me decido...

Elena ¿Que te decides? ¿A qué?

Jua. Es verdad, que no te he dicho nada... Es un proyecto que mamá está acariciando hace ya tiempo... Debe ser cosa convenida... ¿comprendes?

Elena ¿De veras? Y te lo tenías tan callado... Dime, dime... ¿quién es él?

Jua. No, tú no le conoces... Es un muchacho que se llama Pedro de Tavanel...

Elena ¿Y tú le quieres?

Jua. Es un chico distinguido... Ni bien ni mal... Sus padres tienen una gran posición. El piensa dedicarse a la política y tiene un castillo precioso en la Lorena.

Elena Bueno, ¿pero tú le quieres?

Jua. Hija... yo... como quererle, quererle... la verdad, no. Me es simpático... Ya te he dicho que es un muchacho distinguido... Me parece que haríamos un buen matrimonio...

Elena (Transición en la voz, en los gestos, en todo.) Juanita....

Jua. ¿Qué?

El na Juanita... Oyeme bien... ¡No hagas eso!

Jua. Pero, ¿qué te ocurre?

Elena No... ¡No hagas eso! ¿Me oyes? Yo no quiero que lo hagas...

Jua. ¡Ay, Dios mío! Me asustas... Pero, ¿por qué?

Elena Porque el matrimonio sin amor es horrible, ¡horrible! Se imagina una que las cosas se arreglarán, que el cariño vendrá luego, y se piensa: «Después de todo, seré lo bastante dichosa ..» ¡Ay, nada de esto es verdad... Ser lo bastante dichosa, no es ser dichosa del todo... Y la felicidad no existe a medias... Preferible es no tener nada... Vale más ser desgraciada, porque cuando se es desgraciada, por lo menos queda la esperanza todavía...

Jua. Elena, pero, ¿qué tienes? Me hablas como si estuvieras sufriendo, como si tú misma. .

Elena ¡Oh! ¡No! No lo digo por mí, no...

Jua. A ti te pasa algo...

Elena (Disimulando y conteniéndose.) Te juro que no... Es que yo he visto matrimonios como ese que tú piensas hacer y fueron muy desgraciados...

Jua. ¡Ah! Pues lo pensaré... No tengas cuidado...

Elena ¿Me lo prometes?...

Jua. Me has hablado de un modo que no lo olvidaré... Ya lo creo que lo pensaré antes...

Elena Más vale así... (La besa.) ¡Quién sabe! Quizá te he salvado...

ESCENA XV

ELENA, JUANITA, la CONDESA, luego van apareciendo SUSANA SERIÑÁN, el CONDE, la SEÑORA DE VERSEL, VALENTÍN, la SEÑORA y el SEÑOR DE CHATAM, el MARQUÉS DE MARVA, la SEÑORA DE VARSOLIER y sus dos hijas, las SEÑORITAS DE VARSOLIER, la SEÑORA DE MIRLIFLOR, la SEÑORA DE GASTONET, la SEÑORA y el SEÑOR DE SALAM

Cond.ª (Entrando con gran ruido foro derecha.) Elena, Elena... Aquí vienen unos cuantos íntimos que quieren verte antes de la ceremonia.

Elena ¡Tía; por Dios!

Cond.ª No hay más remedio, hija mía...

(Entran foro derecha la Señora de Seriñán con Santiago Seriñán, la Condesa se dirige a la señora de Versel y se pone a hablar con ella.)

Sant. (A Elena.) Primita, mi mujer quiere darte un abrazo...

Sus. (A Elena.) ¡Ay, tú no sabes lo que me emociona esta ceremonia, Elena...

Elena ¿Pero es posible?

Sus. Es la primera vez que asisto a una boda después de la mía, claro.

Sant. Ya la conoces... Susana ha sido siempre tan tímida... Es tan inocente... No ha conocido mas novio que yo...

Cond.ª (Aproximándose y cortando la conversación.) Elena, nuestra amiga, la señora de Gastonet, que viene a felicitarte...

Sra. Gas. (Señora ya madura, pero presumida y elegante.) Es usted encantadora. (Abraza y besa a Elena. La Condesa se dirige a otra señora que entra foro derecha.)

Elena Muchas gracias, señora...

Sra. Gas. Pero me acaban de decir que su primo Andrés no viene a la boda... ¿Cómo es eso?

Elena Andrés está en Viena y ahora no puede abandonar su cargo en la Embajada.

Sra. Gas. Yo creí encontrarle aquí...

Conde (Entrando acompañado de la señora de Mirliflor y de Versel por foro derecha.) Aquí tiene usted a la novia...

Sra. Mir. (Joven y elegante.) Mi enhorabuena, amiga mía... Esta es una verdadera fiesta del gran mundo...

Versel ¡Oh! La galería está llena de gente...

Cond.ª Ya lo he visto... Todos comen y beben... ¡Ah! Es horrible... Yo lo tengo que hacer todo, todo... menos casarme... ¡Es para volverse loca! (Dirigiéndose a la señora y señoritas de Varsolier que entran en este momento foro derecha.) ¡Cómo! Usted aquí, amiga mía... Y vosotras, ¿cómo estáis?

Srtas. Var. Buenos días, Condesa..

Sra. Var. (Dirigiéndose a Elena.) ¡Ah! Mírala... ¡Qué linda! ¡Qué elegante está!

María Hola, Elena...

Teresa ¡A ver! ¡A ver!... (Contemplando el vestido.)

María Ya saben que yo soy la encargada de pedir a los invitados la limosna para los pobres...

Elena ¿Sí?

Teresa Y tiene bemoles el encarguito, porque si vieras qué cara ponen cuando una tiende la mano para pedir...

María ¡Qué trabajo les cuesta!

(La señora Varsolier va a reunirse con las señoras de Gastonet y Mirliflor, que hablan juntas. La Condesa arrastra al primer término a la señora de Versel.)

Cond.ª Oye, oye... Una gran noticia... (En voz baja.)

Versel ¿Qué pasa?

Cond.ª Estoy contentísima... La de Marvá me ha estado hablando de Andrés con una insistencia, con un interés...

Versel ¿Sí?

Cond.ª No tienes idea... Ahora es cuando creo que el matrimonio con la chica de Marvá se hace...

Versel Si tu hijo consiente.

Cond.ª ¿Andrés? Yo le convenceré... Me obedecerá...

Versel O no... Ya le conoces .. Tiene sus ideas...

Cond.ª Sí, pero yo tengo las mías.. ¡Figúrate! La chica de Marvá lleva dos millones de dote.. Es una situación magnífica... ¡Quién desperdicia eso! Sería menester estar loco... (Vanse hacia el foro hablando.)

(El grupo, compuesto por las señoras Varsolier, Mirliflor y Gastonet, se aproxima al primer término dirigiendo miradas disimuladas a la Condesa.)

Sra. Var. La Condesa conserva todavía el talle esbelto.

Sra Mir. Se resiste heroicamente.

Sra. Gas. Pertenece a la vieja guardia.

Sra. Var. ¡Calle usted, por Dios! Si nos oye ..

Versel (Aproximándose.) Ha sido una buena idea la de celebrar aquí la boda, ¿verdad?

Sra. Mir. Magnífica .. Es más original. .

Sra. Var. Y ha venido mucha gente de París...

Sra. Gas. ¡Los Condes tienen tantas simpatías!

Versel ¿No han visto ustedes los regalos de la novia?

Sra. Var. No, yo no los he visto todavía...

Sra. Gas. Pues vaya usted. . Representan una fortuna

Sra. Var. ¿Sí? ¿Viene usted? (A la señora Mirliflor.)

Sra. Mir. Ya lo creo... Estoy deseando verlos...

(Todas suben hacia el foro. Avanzan al primer término Susana y Santiago Seriñán.)

Sant. (A Susana.) Pero, hija mía, por Dios... Tranquilízate... No estés tan nerviosa.

Sus. Qué quieres... No lo puedo remediar... Compréndelo.

Sant. Si lo comprendo, mujer. Este matrimonio te recuerda el nuestro, ¿no es verdad? Ya me lo has dicho, pero esa no es una razón para estar nerviosa...

Sus. Sí, sí... Es que tú no te das cuenta de ciertas cosas...

Sant. Sí, hija, si lo sé... Que fuí tu único novio... tu primer amor.

Sus. Estas flores... los ramos de azahar... el traje de la novia...

Sant. No nos podemos casar otra vez para que vuelvas a lucir el traje...

Sus. Si es que prefiero decírtelo todo.,. Tengo remordimientos...

Sant. ¿Qué? (Alarmado.)

Sus. Es una cosa que no puedo ocultarte más tiempo... Santiago... Tú no has sido mi primer amor...

Sant. (Dando un salto.) ¿Eh? ¿Qué dices?

Sus. Sí... Tuve otro novio antes... Era un teniente. Pero no me mires así... Tú no sabes cuánto te quiero...

Sant. ¡Un teniente! De manera que yo que creí... Vamos... Es inaudito.

Sra. Gas. (Aproximándose.) ¿Cómo están ustedes, amigos míos?

Sant. (Furioso, pero queriendo disimular.) Muy bien, muy bien.

Sus. ¡Ah! Es usted... Cuánto tiempo sin verla...

Sra. Gas. Lleva usted un vestido elegantísimo.

Sus. ¿Verdad que sí? ¿Le gusta a usted? (Muy amable.)

Sra. Gas. ¡Es un encanto! (A Santiago.) Vamos, no se quejará usted. ¡Tiene usted un ángel por esposa!

Sant. (Sonriendo a la fuerza.) ¡Oh! Es usted muy amable...

Sus. Muchísimas gracias.

(Se separa la señora de Gastonet a tiempo que que la señora de Versel se aproxima al grupo. Santiago aprovecha aquel momento para llevarse a Susana aparte.)

Sant. (Aparte a Susana.) Escucha, Susana.

Sus. ¡No me regañes!

Versel (Colocándose entre los dos.) Antes que se me olvide... Quería invitar a ustedes a comer el lunes en casa.

Sus. (Muy amable.) Ay, con muchísimo gusto... ¿Estás tú libre el lunes, Santiago?

Sant. (Disimulando.) Yo... no sé... el lunes...

Versel No, no; no admito disculpas... Mi hermana tiene muchos deseos de conocer a Susana.

Sus. Pues, nada... No faltaremos.

Versel ¿Han visto ustedes qué boda más distinguida?

Sant. ¡Oh! Ya lo creo. Distinguidísima...

Sus. (Saliendo del brazo de la señora de Versel.) ¿Vienes con nosotras, Santiago?

(Salen las dos y Santiago detrás apretando los puños de rabia.)

Val. (Que entra acompañando a la señora de Salam.) Elena... Te presento a la señora de Salam, una prima mía...

Sra. Salam (Dama de alguna edad; elegante.) La felicito a usted, hija mía. (Se saludan.)

(El Marqués de Marvá, que habrá estado hablando con la Condesa, desciende al primer término. La Condesa se acerca a Valentín.)

Cond.a (A Marvá.) Yo los presentaré a ustedes... ¡Valentín!

Val. Condesa...

Cond.ª Nuestro amigo Marvá, presidente del Consejo de Administración de la Compañía del ferrocarril de Orleans.

Val. ¿De Orleans? ¡Oh, caballero... cuánto celebro conocerle!...

Marqués Yo también lo celebro muchísimo.

Val. Precisamente, usted puede sacarme de dudas, haciéndome un pequeño favor...

Marqués Usted dirá...

Val. Sí... porque se trata de esa Compañía... Yo quisiera saber si el exprés de las tres y cincuenta, cambia en la estación de Orleans.

Marqués (Sorprendido y molesto.) Hombre, yo no sé nada de esas cosas... (Se separa y va hacia el foro.)

Val. (Aparte.) Es extraordinario... Un presidente de una Compañía de ferrocarriles que no sabe las horas de los trenes... (En este momento ve entrar por el foro izquierda a los señores de Chatam y se precipita a su encuentro.) ¡Ah! El presidente del Tribunal de Cuentas... Mi querido jefe... Cuánto agradezco a ustedes que hayan venido...

(Los señores de Chatam forman una pareja de cincuenta a sesenta años. Ella es una señora ridícula.)

Sr. Cha. Vaya, hombre, pues no faltaba más...

Val. Me acaban de decir que mi ascenso es cosa segura, y yo sé que se lo debo a usted...

Sr. Cha. Nada de eso... Usted lo merece...

Sra. Cha. Es casi una doble enhorabuena la que le damos...

Sr. Cha. ¿Y la Condesa? Quisiera saludarla...

Val. Ahora mismo... (Se aleja.)

Sr. Cha. (A la señora Chatam.) ¿Qué? ¿Has visto nuestra miniatura entre los regalos? Hace un efecto detestable y raquítico... Ya te lo había dicho yo...

Sra. Cha. ¡Bah! ¡Qué más da! La cuestión era salir del paso sin hacer gastos... Encontré esa miniatura entre unos cacharros viejos y no está mal... Nosotros no tenemos por qué regalar nada de valor...

Sr. Cha. Hubiera sido mejor no enviar regalo ninguno... Pero, en fin, podíamos haber comprado un objeto de ochenta o cien francos para quedar bien... Ya comprenderás que en

nuestra situación... A mí me da vergüenza que vean mi tarjeta al pie de la miniatura, y hace un momento traté de cambiarla poniéndola en otro regalo de más valor, pero había allí un señor que me miraba de un modo...

Conde (Acercándose a los señores de Chatam.) Señora... Mi querido Presidente...

Sr. Cha. ¿Cómo va, señor Conde?

Conde Tengo que dar a ustedes las gracias por el espléndido regalo que han enviado a los novios.

Sr. Cha. ¡Oh! no... Si no vale nada...

Sra Cha. ¡Bah! Una miniatura sin importancia...

Conde ¡Cómo! Una joya... Una verdadera joya...

Sr. Cha. ¡Usted exagera!

Conde Es usted muy modesto, pero yo conozco el valor de las miniaturas de Ysabey. Son rarísimas y cuestan una fortuna.

Sra. Cha. ¿De Ysabey? Pero si no tiene firma...

Conde Vaya si la tiene; yo la he encontrado, aunque estaba muy disimulada... No hay ningún ejemplar mejor que ese en el Louvre...

Sr. Cha. (Pálido y desencajado.) ¡Ah! En... en el Louvre...

Sra. Cha. (Medio sofocada.) Y diga usted, señor Conde, ¿cuánto puede valer?

Conde (Haciendo intención de alejarse.) ¡Oh! Señora... Esas cosas no tienen precio... Son obras de arte...

Sra. Cha. (Reteniéndole.) Sí, sí... pero vamos... sobre poco más o menos...

Sr. Cha. Eso es... ¿Alrededor de cuánto valdrá?...

Conde ¡Qué sé yo! Veinticinco o treinta mil francos... lo menos.

Sr. Cha. (Aterrado.) (¡Dios mío!)

Conde Yo hubiera pagado eso por ella, pero en una venta pública la pagarían mucho más cara...

(Juanita se dirige al Conde que de este modo se aparta de los señores de Chatam.)

Sr. Cha. (A la señora Chatam.) ¡La has hecho buena!

Sra. Cha. (Indignada.) ¡Tú tienes la culpa!

Sr. Cha. ¡Yo!

Sra. Cha. Es terrible... ¡Terrible! Haber regalado eso...

Sr. Cha. ¡Es una catástrofe!

Sra. Cha Y no querías que me comprase esa piel que he visto porque te parecía cara... ¡Mañana mismo me la compraré!

Sr. Cha. ¡Una miniatura de Ysabey! Treinta mil francos...

Sra. Cha. Yo me voy de aquí... No quiero presenciar la boda...

Sr. Cha. Ni yo tampoco... Y lo que es el novio, como crea que va a ascender... ¡ya tiene para rato!

Val. (Se aproxima a los señores de Chatam muy afectuoso.) Mi querido jefe...

Sr. Cha. (Sécamente y volviéndole la espalda.) Buenos días, caballero...

(Vanse los señores de Chatam por foro izquierda, dejando a Valentín estupefacto.)

Val. ¡Eh! Pero, ¿qué mosca los ha picado?

Cond.a Prevengo a ustedes que son las once y veinte, y que no nos quedan más que veinte minutos para ir a la iglesia. Creo que debíamos aprovecharlos para tomar un bocadillo en el buffet, porque luego la ceremonia durará un par de horas...

Versel Pues, vamos, vamos... (A la señora de Gastonet.) ¿Viene usted?

Sra. Gas. Es una buena idea...

Cond.a Valentín, acompaña a la señora de Gastonet... (Todos salen conversando. La Condesa saldrá la última.) Tú, Juanita, encárgate de decir a los criados que no dejen entrar aquí a nadie...

Jua. Ahora mismo. (Vase por la puerta lateral derecha.)

Cond.a (A las señoritas de Varsolier.) Y vosotras, venid conmigo. Vamos a dejar a Elena que tiene que colocarse el velo. (A Elena.) Anda, prepárate y acaba pronto. Yo vengo en seguida.

Elena Está bien, tía...

(Vanse todos por el foro derecha menos Elena.)

ESCENA XVI

ELENA. Luego, JUANITA. Pausa. Elena, triste, pero decidida, mira distraída unos papeles, los deja encima de la mesa con cierto aire

fatigado, y, por fin, se dirige a la puerta lateral izquierda. En este momento entra Juanita precipitadamente. Elena se detiene al verla

Jua. (Entra por la lateral derecha y cierra la puerta.) Elena...

Elena (Distraída.) ¿Qué?

Jua. (Vacilando.) Elena... Hay aquí una persona que quiere hablarte...

Elena ¿Quién es?

Jua. No te asustes, por Dios... ¡Es Andrés!

Elena ¡Andrés! (Estupefacta.)

Jua. Sí, Andrés.. Acaba de llegar... Nadie le ha visto entrar... Está ahí... Quiere hablar contigo a solas... Es preciso que le veas...

Elena (Aterrada.) ¡Ah! No... no quiero. No quiero.

Jua. Te lo suplico, Elena... Habla con él...

Elena ¡No, no, no!

(La puerta lateral derecha se abre y aparece Andrés. Juana vase corriendo por el foro derecha.)

ESCENA XVII

ELENA y ANDRÉS

Andrés ¡Elena!

Elena ¡Tú!... ¡Tú aquí!

Andrés Sí... Yo... Yo que quiero ser testigo de tu felicidad...

Elena (Amargamente.) ¡Mi felicidad!... Has hecho mal en venir.

Andrés Necesito hablarte...

Elena No tienes nada que decirme... ¡Vete!

Andrés ¿De manera que tan pronto has podido olvidar todo? ¿Tus promesas, mi cariño firme y respetuoso!

Elena ¿Pero es posible que te atrevas a hablar así? ¡Vamos! No resucitemos el pasado... ¡Como si no hubiera existido?

Andrés ¡Ah! Eso sí que no... Tú me debes una explicación y vengo a pedírtela...

Elena ¡Yo no te debo nada! ¡Yo no te pido nada! Has hecho lo que te ha convenido... Cuando te pareció bien, faltaste a tus compromisos conmigo... No hablemos más... Dejemos las cosas como están.

Andrés Pero, ¿no puedo saber de qué me culpas?

Elena Sí... Te culpo de una sola cosa... De no haber tenido el valor y la franqueza de confesarme cara a cara, lo que encargaste a tu madre que me dijera.

Andrés (Estupefacto.) ¡Yo! ¡Yo no he dado a mi madre ningún encargo!... Explícate... ¿Cuándo? ¿Cómo?

Elena ¡Bah! Demasiado lo sabes...

Andrés ¡Te digo que lo ignoro!

Elena ¿No sabes lo que ocurrió al día siguiente de salir tú para Viena?

Andrés Dímelo... ¡Te lo suplico!

Elena Tu madre vino a mi habitación y me habló dulcemente... ¡Oh, sí! Con una gran bondad, porque ella había adivinado que yo te quería...

Andrés ¡Claro! Y hasta trató de convencerme para que diese por terminadas nuestras relaciones.

Elena (Sorprendida.) ¡Ah!

Andrés Sí; pero continúa, continúa... ¿Qué sucedió?

Elena (Hablando con esfuerzo.) ¿Qué sucedió? Tu madre me dijo: —Andres siente por ti uua gran afección, pero si tú le quieres verdaderamente, debes sacrificarte y no pensar más en él... Ese cariño es imposible... Tú eres una muchacha sin fortuna, sin dote, y no puedes ofrecerle la situación que Andrés necesita. Serías un obstáculo en su carrera y en su vida. Pasados los primeros meses felices, él se daría cuenta de su torpeza, te la echaría en cara y seríais desgraciados los dos... He hablado con él, reconoce que tengo razón, se ha dado cuenta de que lo que creía cariño no es más que una afectuosa amistad, y siente en el alma haberte hecho concebir ilusiones, haberte dado promesas que no puede cumplir. Para poner término a esta situación y a fin de no tenerte entretenida, ha pedido un puesto en el extranjero y se ha marchado precipitadamente.

Andrés (Que habrá dado señales de sorpresa, de asombro y de indignación, exclama:) ¡Es mentira! ¡Es mentira todo! ¡Y tú lo creíste! Y no gritaste indignada que eso no era verdad, que era un

embuste grosero... ¡Y dudaste de mí, así con esa facilidad!... ¡Ah! ¡Elena! ¡Tú no me querías!...

Elena (Angustiada.) ¿Yo?

Andrés ¿Por qué no me lo digiste a mí? ¿Por qué no me escribiste?

Elena ¡Escribirte! ¿Después de oir lo que tu madre me había dicho? ¡Eso no!

Andrés Sí... ¡claro! El orgullo... El amor propio... Pero aunque eso sea, ¿no merecía yo que contestases a las cartas que te mandé?

Elena (Asombrada.) ¿Tus cartas?

Andrés Sí... Mis cartas, en las que te suplicaba que me escribieses... Mis cartas llenas de ternura, de amor, de quejas y reproches... Y si tú no hubieses estado decidida a desembarazarte de mí, esas cartas bastarían para probarte que yo no he querido, que yo no puedo querer a nadie más que a ti...

Elena ¡Que tú me has escrito!

Andrés ¡Naturalmente!

Elena (Solemnemente.) Andrés... Escucha... Esto es muy grave... ¿Tú me juras que dices la verdad?

Andrés (Estallando. Con un gran acento de sinceridad.) ¡Te lo juro!

Elena (Teniendo que sostenerse para no caer.) Entonces... ¡Dios mío!... ¡Esto es horrible!

Andrés ¿Qué? Habla...

Elena Andrés... Tus cartas... (Sollozando.) ¡Yo no he recibido ninguna! ¡Ninguna!

Andrés (Horrorizado.) ¡Oh!

Elena ¡Ninguna! Las esperaba siempre... ¡Oh! ¡Cómo las esperaba!... Y tu silencio fué para mí mucho más doloroso que tu abandono...

Andrés Sí... Sí... Eso es... Comprendo lo ocurrido... Es una cosa sencillísima... Mi madre ha querido velar por mi porvenir... Ser una buena madre... Tenía un excelente partido para mí... y todos los medios la han parecido buenos a fin de lograr su objeto. Mientras a ti te engañaba respecto de mis intenciones, a mí me hablaba de tu indiferencia, y para que nada pudiera descubrirse, interceptaba mis cartas... Ha sido un plan diabólico...

Elena Andrés... Andrés... ¡Esto es espantoso! Que no hayas dejado de quererme...

Andrés Ni un solo minuto, Elena... ¡Te lo juro!

Elena Y que yo lo sepa hoy... precisamente hoy... (Enseñándole el vestido de novia.)

Andrés Pero, ¿cómo has podido consentir en ese matrimonio?

Elena Estaba tan cansada, me veía tan sola... No tenía más que un anhelo... ¡Abandonar cuanto antes esta casa! ¡No volverte a encontrar aquí! Y, ya lo ves... Dije que sí...

Andrés ¡Y has tenido la crueldad de anunciármelo tu misma!

Elena Mi único objeto al casarme era ese... Podértelo anunciar...

Andrés ¡Oh!

Elena ¡Mi matrimonio! Si tú supieras todo lo que encierra para mí de tristeza, de resignación y de dolorosa venganza... ¡Ay, Andrés! Mi matrimonio es una prueba más de cariño a ti...

Andrés ¡Elena!

Elena ¿No me crees?

Andrés Sí... Creo que dices la verdad... y eso es lo que me desespera...

Elena ¡Ah! ¿Por qué has llegado tan tarde? Ahora... ya lo ves... No hay remedio... ¡No hay remedio.

Andrés (Con gran violencia.) ¡Ah! No... ¡Eso no! ¡Yo no me resigno! ¿Que es tarde? No lo creas.. Ahora mismo hablaré a mi madre, a tu prometido, a todo el mundo, provocaré el escándalo... No importa... Esto hay que evitarlo a todo trance...

Elena (Desesperada.) No, Andrés, ¡por Dios! Eso no puede ser... Tú no lo harás...

Andrés ¡Vaya si lo haré! Por todos los medios debemos impedir este matrimonio...

Elena (Medio loca.) No, no. Es imposible. ¡Imposible! Mírame. Todo está dispuesto, los invitados me esperan. ¡Un escándalo en estos momentos sería espantoso! ¡No, no; Andrés! Te lo suplico. ¡Vete!

Andrés (Como iluminado por una inspiración repentina. Pausa.) Dices bien. Evitemos el escándalo. Me iré; pero tú... ¡tú vienes conmigo!

Elena (Retrocediendo.) ¡Estás loco!

Andrés Nada de eso. Yo te salvo si me sigues.

Elena Tú sabes bien que eso es imposible.

Andrés ¿Qué temes? No te propongo ninguna aventura loca. Te quiero con toda mi alma. ¡Juro que he de hacerte mi mujer! Elena, no vaciles. ¡Ven!

Elena (Resistiéndose.) ¡Oh, no, no! Yo no tengo derecho a hacer eso.

Andrés ¿Que no tienes derecho cuando nos han engañado, cuando nos han separado empleando los medios más indignos? ¿Que no tenémos derecho cuando los dos nos queremos?

Elena No; no puede ser. Debemos resignarnos.

Andrés Para el amor no hay resignación. El que se resigna es porque ya no siente amor.

Elena Es que tú olvidas la palabra que he dado, mis deberes, mi conciencia atormentada.

Andrés ¿Y qué es todo eso comparado con la felicidad? ¡Elena, en este minuto solemne nos jugamos nuestra vida entera! ¿Serás capaz de dudar?

Elena ¡Andrés!

Andrés ¡Un instante de vacilación, de miedo, y pronunciarás tu condenación eterna!

Elena ¡Dios mío! No... no tengo valor para ser dichosa.

Andrés ¡Elena!

Elena Vete, Andrés, vete... Tú me olvidarás. Serás feliz. Yo, en cambio, no podré consolarme jamás, ¡jamás! Ya ves, yo que soy la víctima, te suplico que te vayas... Ten piedad de mí...

Andrés ¡No! (Resueltamente.) Tú crees obrar bien y haces mal. No ves el daño que causas. Vas a engañar a ese hombre que se casa contigo entregándole un corazón que no te pertenece, y vas a hacerme desgraciado a mí para toda la vida ¡Ah! Yo no merecía esto.

Elena ¡Calla, por Dios! Que yo soy fuerte para dominar mi dolor, pero me siento tan débil viendo el tuyo...

Andrés No vaciles, Elena.

Elena No, no. ¡Andrés, no!

Andrés Piénsalo. (Insinuante.) Tus palabras son resignadas todavía, pero tus miradas... ¡ya no lo son!

Elena (Sollozando.) ¡Dios mío! Si no sé... no sé. Pierdo la cabeza.

Andrés ¡Elena! ¡Amor mío! ¡El uno para el otro. ¡Para siempre! ¡Para siempre!

Elena ¡Imposible! ¡No puedo! ¡No debo!

Jua. (Dentro.) ¡Elena! ¡Elena!

Elena ¡Viene gente! ¡Márchate!

Andrés No me iré.

Elena Entra ahí, en mi habitación. (Indicandole la lateral izquierda.)

Andrés Pero hablaremos antes de que salgas de aquí.

Elena Sí... No tengas cuidado... Entra... Que no te vean.

(Andrés entra en la habitación.)

ESCENA XVIII

ELENA, JUANITA y VALENTÍN. Juanita y Valentín aparecen juntos por el foro derecha

Val. Elena... Es tarde. Date prisa. ¡Eh! Pero, ¿qué tienes?

Jua. (Acudiendo a Elena.) ¡Dios mío! ¿Qué te ocurre?

Val. ¡Cómo! ¿Lloras? (A Juanita.) ¡Está llorando!

Jua. Es la emoción, naturalmente... No tiene nada de particular... ¿Comprende usted?

Val. Sí, sí. Lo comprendo. (Cariñosamente a Elena.) Vamos, tranquilízate. Ya verás cómo eso pasa en seguida. Ven. (Se aproxima, la coge los brazos y trata de acercarse para darla un beso.) No es nada.

Elena (Se desprende con un movimiento instintivo, mezcla de repugnancia y de indignación. Da un grito.) ¡No!

Val. (Atontado.) Pero, ¿qué te sucede? (A Juanita.) ¿Qué la sucede?

Jua. Son los nervios... Lo mejor es dejarla sola unos momentos para que se calme. Venga usted, venga usted. (Arrastrándole.) Entretendremos a la gente mientras se tranquiliza.

Val. Bueno, pero, ¡por Dios! no te retrases, Elena. Faltan cinco minutos. Cinco minutos nada más.

(Sale con Juanita foro derecha.)

ESCENA XIX

ELENA y ANDRÉS

Apenas desaparecen Juanita y Valentín, Elena corre a abrir la puerta de la habitación donde está Andrés

Elena (Estará transfigurada, resuelta.) ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Pronto! Quiero irme de aquí. (Agitada.)

Andrés ¡Elena!

Elena Sí. ¡No quiero estar aquí más tiempo! ¡No quiero!

Andrés ¿Lo ves? Esta noche estaremos lejos.

Elena No, Andrés, no. Yo me iré sola.

Andrés Eso no es posible.

Elena Sí, sí. Esta noche llegaré a mi casa. Mañana iré a confesarle todo a mi pobre abuelita.

Andrés Elena, tendrás que permitir que te acompañe.

Elena De ningún modo. Te lo suplico. Déjame algunos días para meditar y poner en orden mis ideas. Yo te llamaré. ¡Te lo juro!

Andrés Haré todo cuanto quieras, pero salgamos pronto, Elena. Pueden venir...

Elena Sí. ¡Dios mío! Y este vestido... Este maldito vestido...

Andrés Mira. Yo te acompañaré en el auto hasta París. Esto no puedes impedírmelo. Allí cambias de ropa y continúas tu viaje. ¿Tienes ahora un abrigo por ahí?

Elena Sí. Ahí dentro... En mi habitación. (Andrés va corriendo a buscarle. Elena exclama de pronto. ¡Ah! (Precipitadamente se acerca a la mesa y en un pliego de papel, deprisa y corriendo, escribe media docena de palabras, dejando el pliego sobre la mesa, en lugar visible. Sale Andrés, con un abrigo y enredado en las mangas, arrastrándole por el suelo, el velo blanco. Al llegar al centro de la escena repara en el velo, le coge, lo arruga y le arroja al suelo. En seguida ayuda a Elena a ponerse el abrigo.)

Elena (Mientras se pone e abrigo.) ¡Qué locura, Dios mío! ¡Qué locura!

Andrés (Corre a la lateral derecha, la abre para asegurarse de

que no hay nadie y dice desde el umbral.) No hay nadie. Deprisa. Vamos ahora.
(Vanse Elena y Andrés.)

ESCENA XX

La CONDESA, la SEÑORA DE VERSEL, VALENTÍN, el CONDE, LARIGÓ, el MARQUÉS DE MARVÁ, JUAN. Invitados e invitadas se agolpan a las puertas y en la galería del fondo

Val. (Entra solo en escena.) Elena... Que ya pasan siete minutos... ¡Eh! No está. (Va a la puerta de la habitación y llama.) Elena, que está todo el mundo esperando... Ya es la hora... (Entra y sale en seguida.) ¿No esta aquí?... (Ve el velo, le recoge del suelo y se queda contemplándole.) ¿Qué quiere decir esto? ¿Dónde estará? No me lo explico. (Al ir a poner el velo sobre la mesa ve la hoja de papel. La coge, la lee, da un grito y comienza a andar de un lado para otro, estupefacto, repitiendo.) Pero, ¿qué quiere decir esto? ¿Qué quiere decir esto?

Cond.ª (Entrando.) ¿Qué? ¿No está Elena vestida?

Val. Elena... Elena... (Tartamudeando.) Sí... Digo, no sé... Ahí tiene usted... Lea. (Le da el pliego de papel.)

Cond.ª «No puedo casarme contigo. Perdóname. Adiós.» ¡Eh!

Val. ¡Eso no tiene nombre!

Cond.ª ¡Es una locura! ¡Qué escándalo! ¡A ver, Juan! Salga usted corriendo... Hay que traerla.. Vaya usted... Vaya usted...

Val. Sí, sí. Pero, ¿dónde? ¿Dónde?

Juan (Apareciendo.) Señora...

Cond.ª La señorita ha desaparecido... Corra usted a buscarla.
(Juan sale corriendo.)

Val. ¡Es increíble! Escaparse... ¡Y precisamente hoy...

Cond.ª Pero, ¿qué ha hecho usted que no la ha vigilado?

Val. ¡Pues si tiene uno que vigilar a su mujer el día de la boda!...

Conde (Entrando.) Y Elena, ¿está ya?

Cond.ª Elena, ¿eh? Toma. (Le da la carta.)

Conde (Leyéndola y bondadosamente.) ¡Pobre criatura!

Val. (Indignado.) ¿Cómo pobre criatura?

Versel (Entrando.) Los invitados empiezan a impacientarse. ¿Qué pasa?

Conde ¡Los invitados!... ¡Esta es otra!... ¡Tú no sabes!... ¡Elena ha desaparecido!

Versel ¿Que ha desaparecido?

Cond.ª ¡Ha desaparecido!

Larigó (Precipitándose a Valentín.) ¿Qué es lo que ha desaparecido?

Val. ¡Mi novia!

Larigó (Dando un suspiro de satisfacción.) ¡Ah! ¡Menos mal! ¡Eso me tranquiliza!

Cond.ª ¿Qué hacemos? ¡Es para volverse loca!

Versel ¡Qué locura!

Cond.ª ¿Dónde habrá ido?

Val. (Que ha vuelto a coger el pliego de papel, le está leyendo.) ¡Ni siquiera lo dice!

Cond.ª Podríamos telefonear.

Conde Pero, ¿a quién? ¿Dónde?

Marqués (Entra muy obsequioso por el foro izquierda y se acerca a Valentín.) ¡Caballero! ¡Caballero! Le estaba buscando... Acabo de preguntar por teléfono y me dicen que el exprés de las tres y cincuenta tiene cambio en Orleans.

Val. ¡Ah! ¡Si usted supiera lo poco que me importa la noticia!

Marqués ¿Eh? (Retirándose malhumorado.)

(Comienzan a sonar las campanas. Los invitados se agolpan en grupos a las puertas.)

Val. ¡Y esas campanas!... ¡Esas campanas!... (Desesperado. Tapándose los oídos. Las campanas suenan más cada vez. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un saloncito en la casa granja de Elena, en el campo. Mobiliario anticuado, pero bueno. Las paredes de la habitación están tapizadas de cretona. Las colgaduras de la ventana, serán de cretona también. Un gran retrato grabado, representando a Luis Felipe. Son las nueve de la noche. A ambos lados de la chimenea, candelabros con bujías y dos maceteros azules. Un gran quinqué de petróleo, con su pantalla. En el centro de la escena, una mesa de comedor pequeña, redonda, en la que habrá dispuestos tres cubiertos. Una puerta a la izquierda, en el segundo término, da entrada a la alcoba de soltera de Elena. Otra al foro derecha, formando chaflán, con dos peldaños, da acceso a la escalera de la casa. Una gran ventana en el centro del foro izquierda, con visillos coquetones. Al abrirse esta ventana, casi penetrarán las flores del jardín en el interior. Todo muy limpio, muy bien cuidado. Sillas, butacas y tapiz debajo de la mesa. A la derecha, junto a la pared, una consola y sobre ella un gran vaso de cristal o porcelana, lleno de ramas de romero.

ESCENA PRIMERA

ERNESTINA, RAMÓN y el DOCTOR

Ernestina, criada de la granja, mujer de Ramón. Ambos entre los 28 y los 30 años. El Doctor, hombre de 55 años, viste de levita pasada de moda y sombrero de paja

Ramón (Viendo aparecer en la puerta al Doctor, que entra con un ramo de flores en la mano.) ¡Ah! ¿Es usted, señor Doctor?... ¡Adelante! ¡Adelante!

Doctor Hola, Ramón. Buenas noches, Ernestina.

Ern. (Que estará arreglando el servicio de la mesa.) ¿Sabe usted la noticia? La señora está al llegar.

Doctor Ahora mismo lo he sabido, al entrar en casa donde me encontre un telegrama suyo... Por lo visto está ya mejor.

Ern. ¿Qué sorpresa, eh? (Cogiéndole las flores.) ¡Claro! Estas flores serán para ella. Anda, Ramón. Date prisa. Vé a la puerta a esperarla para que la ayudes a bajar del coche.

Ramón Sí, sí... Tengo unas ganas de verla... (Vase Ramón.)

Ern. ¡Pobrecillo! Lo que ha tenido que trabajar hoy. Figúrese usted. Hemos preparado las habitaciones para los recien casados que llegarán ahora y cuando menos lo esperábamos, nos avisa la señora que viene también. Ha habido que moverse.

Doctor Dime, Ernestina, ¿y tu hija? ¿Está bien?

Ern. Ahora está reventando de saludable.

Doctor ¡Vaya! Más valé así... Me asustó un poco porque creí que iba a tener la apendicitis...

Ern. (Riendo.) ¡Ca! No, señor. Usted nos confunde... ¿Cómo quiere usted que tengamos recursos para sostener esa clase de enfermedades? Eso se queda para los ricos. (Escuchando.) Sí... Son los cascabeles de un coche, ¿verdad? ¡Es ella! ¡Es ella! ¡La señora! (Vase Ernestina corriendo.)

(Oyese en efecto el ruído de unos cascabeles que se aproxima. El Doctor abre la ventana y se asoma.)

Doctor ¡Pues es verdad! ¡Eh! Buenas noches. ¿Cómo estamos?

(Ernestina entra y se coloca a un lado de la puerta.)

Ern. (Entrando muy alegre.) Aquí está ya... Mírela usted, señor Doctor. Ya viene.

ESCENA II

La SEÑORA DE TREVILLAR, ERNESTINA y el DOCTOR

La señora de Trevillar es una ancianita vigorosa, de 76 a 78 años, cabellos blancos, aspecto bondadoso y simpático. Lleva una capota de bridas a la antigua usanza, una manteleta, un traje de seda fuer-

te, pasado de moda, mitones y se apoya en un bastón. Ramón entra detrás de ella, con el abrigo y un saco de viaje. La señora de Trevillar se detiene en el umbral de la puerta. Todos sonríen al verla

Sra. Tre. ¿Eh? ¿A que no esperábais verme aquí? ¿Qué tal, Ernestina? Y tú, Ramón... Y usted, Doctor... (Entrando.) ¿Quién ha dicho que no me atrevería a hacer este viaje?

Doctor Sin embargo, este viaje es una locura.

Sra. Tre. Muy bien. Eso le probará a usted que toda vía puedo hacer locuras. Mi querido Doctor, la sangre de los Trevillar, no es flor de malva precisamente.

Ern. La verdad es que la señora está fuerte y de buen color. (La ayuda a quitarse el chal y el sombrero. Se sienta.)

Doctor Cuando pienso que hace una semana no la sostenían las piernas y apenas podía incorporarse en el sillón. ¿Quién diablos la ha dado a usted esos ánimos?

Sra. Tre. No han sido los potingues que usted me recetó. Ya puede usted estar seguro. Es que al levantarme esta mañana con el sol, recordé que Elena, mi nieta adorada, se casaba hoy; que hace dos años que no la veo, que va a llegar aquí esta misma noche para pasar la luna de miel en la casa donde nació, y pensé que no habría una sola persona de su familia para recibirla y que la llenaría de gozo ver a su abuela aquí, más arrugada que cuando se fué, pero contenta de verla feliz. Esta idea me dió fuerzas, de un salto me erguí como en mis buenos tiempos.. (Poniéndose en pie.) Cogí la medicina que usted me recetó...

Doctor (Satisfecho.) ¡Muy bien!

Sra. Tre. La tiré por la ventana, llamé al cochero y le dije:—¡Que enganchen! Luego saqué mi vestido nuevo, todas mis alhajas y por espacio de cinco horas he venido dando tumbos a lo largo de la carretera... Pero aquí estoy... ¡Voy a dar un beso a mi nieta!

Ern. (Aplaudiendo.) ¡Y ya verá cómo eso la sienta a usted bien!

Doctor ¡Es usted admirable! ¡Qué vigor! ¡Qué energías! ¡Ah! Si usted se prestara a seguir un

p an... Si quisiera usted ir a tomar unas aguas minerales, como la he dicho tantas veces.

Sra. Tre. Ya fuí un verano, hace muchos años. ¡Y a Vichy! ¡No crea usted! Pero me encontré allí con una persona muy antipática...

Doctor ¿Quién?

Sra. Tre. (Seriamente.) ¡Napoleón tercero!

Doctor ¿Por qué le era a usted antipático?

Sra. Tre. (Solemnemente, señalando el retrato de Luis Felipe) ¡Por eso!

Doctor (Sonriendo.) ¡Ah! Sí... El Rey Luis Felipe.

Sra. Tre. ¡Fué el Rey más grande que ha tenido Francia!

Doctor La verdad. Yo no veo que haya hecho nada para merecer esos elogios.

Sra. Tre. (Indignada.) ¿Qué no ha hecho nada? ¿Usted no sabe lo que hizo? ¡Hizo que bajo su reinado, yo tuviera diez y seis años! ¡Ha sido el rey de mis sueños juveniles! ¿Le parece a usted poco? Mientras que la República que ustedes proclamaron, ¿qué es lo que me ha traido? Reumatismos, unas gafas y mis ochenta años. ¿Cree usted que tengo motivos para quererla?

Doctor Lo que yo creo es que debe usted descansar. Estará usted fatigada.

Sra. Tre. ¡Fatigada! ¡Fatigada cuando voy a ver a Elena! ¡Ah! ¡No! Como dice la gente del país: tira más un cabello de quien os ama que cuatro bueyes. Pensar que dentro de unos instantes vendrá, entrará aquí, la veré... ¡Oh, qué contenta estoy!

Ern. (Acabando de poner la mesa.) Y yo, y yo también.

Sra. Tre. (Severa.) ¡Tú! Te prohibo que estés tan contenta como yo. ¡Vaya, hombre! ¿Ha visto usted cómo está la servidumbre? ¿Qué hora es ya?

Doctor Van a dar las diez.

Sra. Tre. ¿Ya? Pues no hay tiempo que perder. Acaba de poner la mesa, pero deprisa, deprisa. Y usted, Doctor, coloque usted sus flores allí, en esos maceteros azules. Es el regalo de boda que hizo el mariscal Bugeaud, a mi abuelo. Son horribles. ¡Ah! Era un valiente

el mariscal. No le daba miedo nada. Ernestina.

Ern. (Que entra con una fuente de frutas.) Señora...

Sra. Tre. ¿Qué cena has preparado?

Ern. Tienen un pollo frío, una ensalada verde y un dulce que a la señorita Elena le gusta con delirio.

Sra. Tre. Te advierto que ya no es la señorita Elena. Ahora es la señora...

Doctor Justamente: la señora de Barroyer...

Ern. Para mí aunque la vea llena de hijos, siempre será la señorita Elena.

Doctor ¿Qué es el marido?

Sra. Tre. Creo que tiene un alto empleo en el Tribunal de Cuentas.

Ern. ¡Qué cosas inventan para que haya empleos!

Sra. Tre. (Impaciente.) ¿Qué hora es?

Doctor Las diez y cinco.. Y diga usted. ¿Cómo es el marido de Elena?

Sra. Tre. No lo sé, porque Elena apenas me ha hablado de él en sus cartas.

Ern. A mí me gustaría que el marido de la señorita Elena, fuera un hombre con barba... ¡Están muy bien los hombres con barba!

Sra. Tre. ¡Te quieres callar!

Doctor ¿Creo que ha sido su tía la Condesa la que ha hecho la boda?

Sra. Tre. Sí... Será la única cosa buena que haya hecho en su vida.

Doctor Parece que la Condesa no es santo de la devoción de usted...

Sra. Tre. ¡Ah! ¿Lo ha notado usted? Pues en efecto.. Me es profundamente antipática... En primer lugar tiene la nariz puntiaguda y luego lleva siempre en la mano un cacharro con unos cristales para mirar a la gente. ¡Eso no es franco! Su marido es un sabio que no está en el mundo. Ella le debe haber puesto en ridículo. Estamos regañados y sin vernos desde hace veinte años y como usted ve, ni ellos me han necesitado a mí, ni yo a ellos.

Doctor No sabía yo que hacía tanto tiempo que no se veían ustedes.

Sra. Tre. Su hijo Andrés, era un niño. El origen del disgusto fué una herencia.

Doctor ¡Vamos! Yo he observado que las herencias suelen traer dos ventajas: primero se hereda y luego se regaña con parte de la familia...

Sra. Tre. Así es. Mi pobre marido tuvo unas palabras fuertes con la Condesa y como mi pobre marido había sido militar en Africa, cuando se ponía a soltar palabras gordas... ¡sonaban! Pero a pesar de los pleitos que me pusieron, yo logré conservar esta propiedad y la casa... ¡Nuestra casa! ¡Oh! No crea usted que la quería para mí... Yo me he retirado ya a la posesión de mi marido... Quise conservarla para Elena, para la hija de mi hijo. ¡Era de ella! El dinero me importa poco, la casa no. ¡Esto es suyo! ¡Nuestro! (Golpeando el suelo con el bastón.) Diez generaciones de Trevillar han vivido aquí honradamente, sin salir del país, sin ir a París, ni a Baden-Baden .. cultivando sus bienes que no eran grandes; sin lujo, pero sin deber nada a nadie. Vivieron así, donde habían nacido, y cuando sentían que iban a morir no tenían que hacer más que acostarse sobre la tierra... ¡Estaban en su casa!

Doctor Bien, bien, pero ahora hay que pensar en el porvenir. Elena se ha casado... Pronto vendrán los pequeñuelos...

Sra. Tre. ¡Ah! Ya lo creo... ¡Si pudiera ser que yo los viera! ¡Cuánto me gustaría! ¡Mis biznietos! Yo sé bien que de todos modos los veré desde allá arriba... Pero ¿verdad que desde allá arriba, los pequeñuelos .. deben parecer mucho más pequeñuelos?

Doctor ¡Vaya unas ideas! Usted está fuerte...

Sra. Tre. ¡Ah! Lo que sí quiero es que el primer biznieto que Elena me dé, sea varón. ¡Tiene que ser varón. Vamos a ver, Doctor... ¿No sabe usted un medio para lograr esto?

Doctor Señora, yo no le conozco.

Sra. Tre. No me extraña. ¡Qué van a saber ustedes! Tres médicos, tres escribanos y tres sacristanes, hacen en junto nueve holgazanes.

Doctor ¡Muchas gracias!

Ern. Sí usted quisiera, señora, yo tengo el remedio...

Sra. Tre. ¿Tú?

Doctor ¿Sí? Hombre ya tengo curiosidad.

Ern. (Saca del vaso que hay sobre la consola, unas ramas secas.) El remedio es este. . (Mostrando las ramas.)

Sra. Tre. ¿Y qué es eso?

Ern. Verá usted. Para que el primer hijo sea varón, hay que esperar, el día de la boda, a que den las doce campanadas de la media noche. Entonces se colocan tres ramitas de romero en la puerta de la habitación, a fin de que al día siguiente, cuando la novia salga, ponga los pies encima... ¡Y basta!... El primer hijo es sin duda alguna un varón... ¡No falla nunca! Aquí en el pueblo todo el mundo lo sabe.

Doctor ¡Qué majadería!

Sra. Tre. ¡Mira, Ernestina, no digas bobadas!... Eso lo dispone Dios.

Ern. Sí, sí... Puede que crea usted que Dios tiene tiempo para ocuparse de esas cosas... Son los diablillos que andan por las chimeneas, los que gastan esas bromas a los recien casados.

Sra. Tre. No la haga usted caso. Supersticiones de la gente de aldea.

Ern. Bueno; lo que quieran ustedes. Yo lo que sé es que en mi familia, sin ir más lejos, tanto mi madre que se casó dos veces como mis hermanas que no se casaron ninguna, todas empezaron teniendo un hijo varón. ¡Y el más pequeño pesaba doce libras! ¡Conque, a ver!... (Vuelve a meter las ramas en el vaso de la consola.)

Sra. Tre. ¡Ea! Basta de tonterías... No quiero oirte hablar así...

Doctor ¡Qué inocentes!

Sra. Tre. (Aparte y admirada.) (¡Doce libras!) (A Ernestina.) Oye, Ernestina...

Ern. Señora...

Sra. Tre. ¿Es justamente al dar las doce, cuando hay que colocar las tres ramitas?

Ern. Naturalmente... Como que si se hace a otra hora es perder el tiempo... (Escuchando.) ¡Eh! Me parece que oigo el ruido de un coche... ¡Sí... Justo...

Sra. Tre. (Muy emocionada y sintiéndose desfallecer.) ¡Dios mío! ¡Es ella! (Se levanta.)

Doctor (Aproximándose.) ¿Qué tiene usted?

Sra. Tre. (Con energía.) Doctor... ¡Váyase usted!

Doctor Pero, ¿por qué?

Sra. Tre. Porque no me encuentro bien.

Doctor Entonces debo quedarme.

Sra. Tre. (Furiosa.) No, no. Le digo a usted que me pongo mala, Doctor... ¡Márchese usted!

Doctor (Sonriendo.) Sí. Puede que tenga usted razón. Me voy.

Sra. Tre. Pero que no digan a Elena que estoy aquí. Quiero darla una sorpresa. (Vase el Doctor.)

Doctor Está bien.

Sra. Tre. (Desfalleciendo.) Ernestina.

Ern. ¡Señora!

Sra. Tre. Ya lo ves... Hace un instante me hacía la fuerte... pero ahora...

Ern. Eso no es nada, señora. Voy a darla una copita de nuestro vino viejo. Eso la sentará bien. No quiero que la señorita la vea tan paliducha. Verá usted. Verá usted.

Sra. Tre. Sí, sí... pero oye... que no les digan que he venido. ¡Quiero sorprenderlos! ¡Quiero sorprenderlos!

(Ambas entran en la habitación de Elena.)

ESCENA III

ELENA y ANDRÉS

La escena queda sola un instante. Oyese el ruido de unos cascabeles, luego el trotar de un caballo, la voz del cochero que le detiene y palabras confusas entre Ramón y Elena. En seguida pasos en la escalera y Elena aparece en el umbral. Detrás de ella Andrés

Elena (Despidiendo a Ramón.) Gracias, Ramón. No; no necesito nada. (A Andrés.) Aquí tienes. ¡Este es mi palacio! (Elena viste traje y abrigo de viaje. Andrés, gabán de viaje, traje de americana, como en el acto anterior y sombrero flexible.)

Andrés ¡Yo no le cambiaría por nada! (Mirando a su alrededor.) Elena... ¡qué feliz soy!

Elena Yo también soy dichosa; muy dichosa. No se me ocurre ninguna otra palabra.

Andrés Es verdad. Tenemos tantas frases para quejarnos y tan pocas para decir que somos dichosos..

Elena Es que son las que se usan menos. En fin. tenemos que separarnos. Debes marcharte.

Andrés (Mirando el reloj.) Sí... ¡Oh! Tengo tiempo todavía.

Elena Fíjate que no hay más que un tren.

Andrés No le perderé, no tengas cuidado. Tranquilízate.

Elena No, si yo estoy tranquila. Pero es que desde esta mañana no hacemos más que decirnos adiós y... nada... ¡no acabamos de separarnos!

Andrés ¡Elena!

Elena ¿No habíamos convenido que solo me acompañarías hasta París?

Andrés Pero, ¿cómo te iba a dejar sola? Tenías que comprar ropas .. ¡Estabas atontada!

Elena ¡Oh! ¡Aquel maldito vestido de boda!

Andrés Ya lo ves. No podía abandonarte.

Elena Bien, pero luego dijiste que te apearías en la primera estación.

Andrés Y ya viste que el tren no se detuvo ni en la primera, ni en la segunda, ni en la tercera. Además, ¿te iba a dejar en un vagón con gente desconocida? No dirás que no he sido un compañero de viaje formal y prudente.

Elena Es verdad. Pero, ahora, vete. Voy a descansar. Mañana temprano correré a abrazar a mi abuelita

Andrés Adiós, Elena... Déjame que te contemple un instante antes de partir... Así...

Elena (Dándole las dos manos.) Adiós, Andrés...

Andrés Yo también quiero ver mañana a mis padres, hablaré con ellos y dentro de un mes, Elena... ¡Dentro de un mes serás mi esposa! ¡Te lo juro!

ESCENA IV

DICHOS. La SEÑORA DE TREVILLAR y ERNESTINA

Ern. ¡Señorita! ¡Señorita!

Elena (Abrazándola.) ¡Ernestina! ¡Qué alegría me da verte!

Ern. ¿No sabe usted? Tiene usted una visita.

Elena ¡Una visita! ¿Quién?

Ern. Ahora verá usted... ¡Señora! ¡Señora!

Sra. Tre. (Aparece en el umbral de la puerta, teniendo que sostenerse para no caer.) ¡Elena!...

Elena ¡Abuelita! ¡Tú... tú, aquí!

(Elena retrocede asustadísima, pero en seguida se precipita en los brazos de la señora de Trevillar. Las dos se abrazan largo rato. Andrés, no sabiendo qué hacer, trata de deslizarse hacia la puerta para escapar.)

Sra. Tre. ¡Hija mía! ¡Hija mía querida! (Quiere cojerla en brazos, como si fuera una niña pequeña.) ¡Eres tú! ¡Eres tú! ¡Qué linda! ¡Qué hermosa estás!... (Levantando la vista hacia Andrés) Y ese, ¿es tu marido? Mi nieto... ¡Ah! Qué feliz soy... Creo que voy a morirme de alegría...

(Ambos se han quedado estupefactos, sin saber qué decir. Elena balbucea.)

Elena Abuelita...

Sra. Tre. Calla... Calla... Déjame que le mire. Quiero darle un abrazo.

(Abraza a Andrés llorando.)

Elena Abuelita, es que... (Sin atreverse a hablar.) Pero, ¿qué es eso? ¿Lloras, abuelita... lloras?

Sra. Tre. Sí, hija mía. ¡Qué quieres! Veros aquí a los dos... Es una felicidad con la que no contaba. ¡Creí que el cielo no me la concedería! Y lloro... lloro de contento...

Elena (Luchando consigo misma y queriendo confesar la verdad.) Pero, abuelita.. si es que...

Andrés (Precipitándose.) (¡Elena, ¿qué vas a hacer? ¡Una decepción la mataría!)

Sra. Tre. Pero, ¿qué te sucede?

Elena No, nada, abuelita... Es que me ha sorprendido verte aquí. ¿Cómo has venido?

Sra. Tre. Quería recibiros yo.

Andrés ¡Ah, señora! ¡Qué buena es usted!

Sra. Tre. Y tú... tú eres un guapo mozo... pero a mi no me tienes que llamar señora. Llámame abuelita. Como Elena.

Andrés Señora, yo...

Sra. Tre. He dicho que no me llames señora. ¡Ea!

Elena (Interviniendo.) ¿Hace mucho que llegaste?

Sra. Tre. Hace una hora.

Elena ¡Oh! Si yo lo hubiera sabido.

Sra. Tre. (Mirándola fijamente.) Pero, ¿á tí te sucede algo?

Elena ¿A mí?

Sra. Tre. Sí. No sé que noto en tu cara.

Elena (Vivamente.) ¡Oh, no! No... no lo creas.

Andrés Es el viaje... El cansancio...

Sra. Tre. ¿Habeis traído el equipaje en el coche?

Andrés No, no tenemos.

Sra. Tre. ¿Que no traeis equipaje?

Elena (Interviniendo.) Sí, pero es que se han quedado los baules en la estación.

Andrés Eso... Eso es.

Sra. Tre. En la estación.

Elena Se nos olvidó el talón en casa.

Andrés Justo... En un bolsillo.

Sra. Tre. ¡Qué locos! ¡Ah! Pero eso aquí se arregla fácilmente. No, no os ocupeis vosotros. Yo misma enviaré un recado al jefe de estación para que os envíe los baules. Voy a decirlo. Vuelvo ahora.

Andrés Mil gracias, señora... (Rectificando al ver que la señora de Trevillar le mira.) Digo... ¡Abuelita!

Sra. Tre. (Sale contemplándolos sonriente.) ¡Que pareja tan linda! (Vase.)

ESCENA V

ELENA y ANDRÉS

Elena Vete, vete en seguida. Vas a perder el tren.

Andrés Sí, sí.. pero ¿y tu abuela?

Elena Yo la confesaré todo, luego. (Abre la ventana y llama.) ¡Ramón! ¡Ramón! ¿Estás ahí?

Ramón (Dentro.) Señorita...

Elena Pronto, dí al coche que se acerque.

Ramón (Dentro.) ¿El coche? ¡Si ya se fué!

Elena ¡Cómo! ¿Que no está el coche?

Ramón (Dentro.) ¡Claro! ¿Qué iba a hacer aquí? Se marchó hace un rato.

Elena (Cerrando la ventana.) ¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¡Esto es espantoso!

Andrés (Muy alegre.) ¡Oh! ¡Espantoso!

Elena (Azoradísima.) ¡Es una catástrofe!

Andrés (Mucho más alegre.) ¡Una catástrofe horrible!

Elena No hay remedio. Tendré que confesarla todo.

Andrés Eso es lo mejor... pero... con cuidado ¿eh? Procura decírselo poco a poco.

Elena Es menester sacarla de su error. Yo no quiero que crea que estamos casados.

Andrés Desde luego, pero no hay peligro ninguno en prolongar esta situación Piensa que a su edad, una noticia así... tu boda rota... La huida... Podría tener consecuencias fatales para ella.

Elena Es verdad.

Andrés ¡Figúrate! ¡Una decepción tan tremenda!

Elena ¡Dios mío! ¿Qué idea la daría de venir?

Andrés Pues yo me alegro. Es curioso, ¿verdad? Creo que su presencia nos va a servir de mucho.

Elena ¿Por qué?

Andrés Muy sencillo. Voy a tener tiempo de hablar con ella, simpatizaremos, trataré de agradarla, y cuando llegue el momento de confesarle lo ocurrido, la tendremos de nuestra parte. ¿Eh? ¿Te parece mala la idea?

Elena No sé, no sé. ¡Dios mío! Yo estoy loca... ¡Silencio! Aquí viene.

ESCENA VI

DICHOS y la SEÑORA DE TREVILLAR

Sra. Tre. Ya está todo dispuesto. Mañana por la mañana os traerán los baules. Y ahora, venid aquí. A mi lado. (Se coloca en medio de los dos.)

Elena (Tratando de desviar la conversación.) Pero, oye, abuelita. Todavía no nos has dicho por qué te dió la idea de venir. ¡Ha sido una locura a tu edad!

Sra. Tre. ¡Bah! Tú no te vas a casar dos veces ¿no es verdad?

Andrés ¡Eh! ¡Quién sabe!

Sra. Tre. ¡Hola! Parece un poco bromista tu marido. Eso me gusta. Además prueba que te quiere. Pero estamos charlando sin acordarnos de que la cena espera. (Se acerca a la puerta y llama.) Ernestina. Ernestina. En cuanto acabes ven a servir la mesa.

Ern. (Dentro.) Ahora mismo.

Elena (A Andres.) (¡Si se lo dijéramos ahora!)

Andrés (A Elena.) (No. Imposible. Todavía no.)

Sra. Tre. Pero, ¿aún estás con el sombrero puesto? (A Elena.)

Elena ¡Bah! Es lo mismo.

Sra. Tre. No, no. Anda. Entra en tu cuarto y ponte a gusto. (Se aproxima a la puerta y la abre.) Aquí teneis. Esta es vuestra habitación.

Elena (Retrocediendo.) ¡Ah!

Sra. Tre. Ernestina la ha arreglado lo mejor que ha podido. No hay lujo, pero es confortable y yo sé que os parecerá bien. Anda. (Empujándola para que entre.)

Elena (Sin moverse.) Sí. sí.

Sra. Tre. (Riendo.) Pero, ¿qué es eso? ¿Acaso te da miedo entrar?

Elena Oh, no... no...

Sra. Tre. Decididamente yo te encuentro algo.

Elena (Besándola.) No, abuelita, no. Es que te quiero mucho. (Entra Elena en su habitación.)

ESCENA VII

SEÑORA DE TREVILLAR y ANDRÉS

Sra. Tre. Parece que está acobardada.

Andrés No lo crea usted. Es curioso.

Sra. Tre. ¿Qué?

Andrés Contemplándola a usted, encuentro muchos rasgos de Elena.

Sra. Tre. (Halagada.) ¿Verdad que sí?

Andrés Ya lo creo.

Sra. Tre. Calla, adulador. Yo no soy más que una pobre vieja.

Andrés Usted debió ser encantadora, cuando era joven.

Sra. Tre. ¡Oh! Está tan lejos eso...

Andrés Yo la conocía a usted hace mucho tiempo. Elena me ha hablado tanto de usted.

Sra. Tre. ¡Pobre hija mía!

Andrés Por eso conozco los gustos de usted. Sé que usted adora a Luis Felipe, que prefiere las novelas de Jorge Sand.

Sra. Tre. Es verdad. ¿Y tú?

Andrés ¿Yo? Para mí no hay más que una cosa en el mundo que esté por encima de Jorge Sand: ¡Luis Felipe!

Sra. Tre. ¡Qué hombre tan alegre eres!

Andrés No. ¡Es que soy feliz!

Sra. Tre. Es que eres joven.

Andrés Usted es tan joven como yo.

Sra. Tre. No. Mejor dicho yo lo soy desde hace mucho más tiempo.

Andrés Y sobre todo, hay algo en usted, abuelita, algo que yo adoro más que nada. ¡La indulgencia!

Sra. Tre. ¡Bah! ¡Bah! No exageres.

Andrés Sí. Sí. Es la verdad. Yo quiero que sea usted indulgente, muy indulgente. Es preciso. Tenemos tanto que confiar a usted.

Sra. Tre. Pues venga.

Andrés En primer lugar... el cariño que yo siento por Elena.

Sra. Tre. Pero eso es a ella a quien debes decírselo.

Andrés Y a usted. Y a usted.. La quiero tanto... ¡Si usted lo supiera! La quise en cuanto la vi, así, de repente. Y con tal fuerza, que todas las razones que después tuve para quererla, no agregaron ni tanto así, al cariño que ya la profesaba...

Sra. Tre. ¡Vamos! ¡Vamos!

Andrés Es tan buena, tan cariñosa, tan noble, tan leal... En las situaciones más peligrosas de la vida, Elena sería siempre una mujer irreprochable...

Sra Tre. No sigas, no sigas... ¿No ves que me vas a hacer llorar? (Elena sale de su habitación.)

ESCENA VIII

DICHOS y ELENA

Elena ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

Andrés (Aparte a Elena.) ¡Calla! ¡Esto va muy bien!

Sra. Tre. ¿Quieres saberlo...? Pues que yo quiero mucho a tu marido...

Elena (Radiante.) ¿Ya?

Sra. Tre. Si tú supieras lo que me ha dicho de ti...

Elena ¿Es verdad? No... No me lo digas... No me lo digas...

Ern. (Entrando.) Aquí está el pollo...

Sra. Tre. Pues a la mesa.

Andrés ¡Me estoy muriendo de hambre!

Sra. Tre. Sentaos ahí. Cerca el uno del otro. Eso es... (Se sienta.) Y yo en frente para veros bien.

(A Ernestina, que no hace más que dar vueltas.) ¿Qué haces tú ahí dando vueltas?

Ern. La verdad. No me puedo acostumbrar a la idea de que la señorita Elena esté casada.

Andrés Ni yo... ni nadie...

Sra. Tre. Y qué, Ernestina; ¿qué tal mi nieto?

Ern. ¿Eh? No es mal parecido...

Andrés Muchas gracias, Ernestina.

Ern. Pero, ¿por qué no se ha dejado usted la barba?

Andrés ¡Ah! ¿La gustan los hombres barbudos..?

Ern. El hombre es el amo. Debe tener barba.

Sra. Tre. Aquí en el país hay un refrán que dice: beso sin barba, tortilla sin sal.

Andrés (Pasándose la mano por la cara.) Evidentemente a mí me falta un poco de sal. (Comienzan a comer.)

Sra. Tre. Y ahora quiero que me contéis todo lo que ha pasado en la ceremonia de la boda. (Andrés y Elena hunden las caras en el plato y se ponen a comer muy deprisa.)

Elena No, abuelita...

Sra. Tre. ¡Ah! Yo quiero saberlo.

Ern. Y yo... Yo también.

Andrés Pues que hemos hecho un viaje delicioso, que hemos salido de allí contentísimos...

Sra. Tre. Si digo los detalles de la boda... ¿Había muchas damas elegantes? ¿Y los regalos? Y gente, ¿hubo mucha gente?

Andrés ¡Oh! Una barbaridad de gente... Centenares de personas...

Sra. Tre. Ernestina, trae la ensalada. (Volviéndose a Ernestina.)

Elena (Bajo a Andrés.) Andrés, ¡por Dios! Nos comprometemos.

Andrés (A Elena.) No sé qué decir...

Sra. Tre. (Volviéndose.) Y el señor cura, ¿ha hablado bien?

Andrés ¡Oh! Admirablemente.

Sra. Tre. ¿De qué habló?

Andrés Un poco de todo... Nosotros estábamos lejos y apenas le oíamos...

Ern. ¿Y luego habrán tenido ustedes un almuerzo magnífico?

Andrés No tan bueno como el pollo que usted nos ha hecho, Ernestina.

Ern. ¡Ah! Ya se ve que usted entiende de cocina.

Sra. Tre. Dime, Elena. Y tu tía la Condesa, ¿ha estado cariñosa contigo?

Elena (Balbuceando.) Sí... sí, abuelita.

Sra. Tre. Menos mal.. Yo tenía miedo... No me ha sido nunca simpática esa mujer, con sus aires de pava inflada... (Elena y Andrés vuelven a hundir la cabeza en el plato, comiendo deprisa.)

Andrés (Tosiendo.) ¡Ejém!

Elena No, no... Ha estado muy amable.

Sra. Tre. Bien es verdad que como yo no la he visto hace tantos años... Y tu primo Andrés, ¿asistió también a la boda? (Repiten el juego anterior.)

Elena Sí. Llegó esta misma mañana de Viena.

Andrés Es que... ¿sabe usted? Andrés quiere mucho a su prima Elena.

Elena Y ella; ella también le quiere.

Andrés Es verdad. Los dos se quieren mucho.

Sra. Tre. ¿Es buen muchacho?

Andrés ¡Oh! Encantador.

Elena Y muy modesto, sobre todo.

Sra. Tre. Físicamente debe ser un mamarracho, ¿verdad?

Andrés No... ¿por qué?

Sra. Tre. Yo le ví cuando apenas tenía seis años y entonces era la criatura más fea del mundo

Elena (Riendo.) (¡Chúpate esa!) (A Andrés.)

Andrés ¡Ah! Pues ahora es un hombre muy simpático; buen mozo, guapo...

Sra. Tre. Nunca lo hubiera creído. Pero en fin. Y ¿a qué se dedica?

Andrés (Con mucho énfasis.) ¡Es diplomático!

Sra. Tre. ¡Anda! ¡Otro fracasado! (Queriendo ser agradable.) Más que la diplomacia me gusta el Tribunal de Cuentas.

Andrés ¡Muchas gracias! (Elena ríe.)

Sra. Tre. Pero, mira, mira a Elena cómo se ríe.

Ern. Aquí está el dulce...

Andrés ¿Qué es eso?

Elena Un dulce del país que me gusta con delirio. Te has acordado, Ernestina, ¿eh?

Ern. (Trae también una cesta de provisiones.) A ver... Y además acaba de llegar este cesto que traen de la estación... Es de usted, señorito. ¿Le abro?

Andrés (Asombrado.) ¿Qué cesto?

Ern. Este...

Andrés Pero si eso no es mío.

Ern. Aquí tiene un letrero: «Envío de don Valentín de Barroyer.»

Elena (Interviniendo al acordarse de pronto.) ¡Ah, sí!... Es el cesto con las provisiones que mandaste por si acaso no encontrábamos cena al llegar aquí...

Andrés ¡Eh! ¡Ah! Sí... Sí... Es verdad.

Sra. Tre. ¿Y qué es lo que hay dentro?

Andrés ¿Dentro? Pues no sé... Abralo usted, Ernestina. Habrá lo de siempre. Pollo, pasteles, melocotones...

Ern. (Que habrá abierto el cesto.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué embustero!

Andrés ¿Eh?

Ern. ¡Que aquí no hay nada de eso! Hay un jamón, huevos duros, cerezas...

Andrés Bueno, lo mismo da... Viene a ser igual...

Ern. Mire usted. (A la señora de Trevillar.) Aquí está la lista. (Dándole un cartoncito blanco.)

Sra. Tre. ¿Y qué es lo que tiene escrito a la vuelta. (Leyéndolo.)

Andrés A la vuelta. (A Elena.) ¿Qué es lo que hay a la vuelta? (Elena se encoge de hombros.)

Sra. Tre. (Leyendo.) «Objetos que contiene este cesto: en metal, dos vasos, dos cuchillos de acero, dos tenedores. En porcelana: dos platos, dos tazas, dos hueveras. Objetos diversos: dos servilletas, un salero...» ¡Caramba! Esto es ser un hombre de orden.

Andrés ¡Oh! Asombra, ¿verdad? Pero ya me corregiré. Mejor dicho, ya me he corregido... Yo soy así. Cambio en un instante... (Ernestina trae preparada ya una botella de Champagne y llena las copas. Movimiento de sorpresa en Elena y Andrés.)

Elena ¿Y esto, abuelita?

Sra. Tre. Es el *champagne* de la recién casada. Yo misma fuí a comprar la botella esta mañana. Lo elegí del más caro. ¡En un día como hoy no se debe reparar en gastos! (Todo esto lo habrá dicho en tono alegre. Transición. Una pausa. Pónese en pie y levanta su copa. En la escena habrá una semi-obscuridad agradable, íntima. La pantalla arrojará la luz sobre la mesa y a los rostros de Elena y Andrés. La señora de Trevillar hablará ahora con

acento emocionado, dando cierta solemnidad a la escena.) Hijos míos queridos... Bebo de todo corazón a vuestra salud, a vuestra felicidad.

Elena (Muy conmovida.) ¡Abuelita!

Sra. Tre. Permaneced unidos toda la vida. Amaos como se querían las gentes en otro tiempo. Antes de que hubiese automóviles... tú... (A Andrés.) protegiendo y guiando a tu mujer; tú (A Elena.) siendo cariñosa y dócil, porque en el matrimonio es menester que haya siempre uno que obedezca y otro que mande. (Bebe.)

Andrés ¡Oh! ¡Yo seré el que obedezca siempre, siempre!...

Sra. Tre. Y ahora os doy permiso para que os abracéis...

Elena (Balbuceando.) Pero si es que... abuelita... yo...

Sra. Tre. ¡Vamos! ¡Vamos! No quiero que me desobedezcas. Me disgustarías.

Andrés (Inclinándose hacia Elena.) Elena... Elena... Escúchame ¡Te quiero!... No he querido a nadie nunca más que a ti... ¡Te querré siempre! Me enorgullece poder hacerte este juramento aquí, delante de esta santa mujer que nos escucha, que nos bendice y que vela por nosotros... ¡Elena! ¡Te quiero! (Se inclina hacia ella. Elena lentamente aproxima su rostro Ambos, muy emocionados se abrazan. Pausa.)

Sra. Tre. (Ambos estarán abrazados) ¡Hijos míos! ¡Yo os bendigo! (Se separan. La señora Trevillar se sienta. Transición.) ¡Ah! Cuánto os agradezco que hayáis venido aquí, en vez de hacer un viaje de boda rodando por hoteles y fondas... Vosotros no sabéis lo que me alegra sentir cerca de mí vuestra juventud y vuestro cariño.

Elena ¡Abuelita! ¡Mi abuelita querida!

Sra. Tre. (Con tono jovial.) Esto me recuerda el día de mi boda en el pueblo. Tuvimos que alquilar unos asientos en la diligencia, para ir a la Iglesia. Yo iba cogida a tu pobre abuelo. ¡Ah! ¡Qué guapo era! Unas cuantas muchachas habían ocupado la imperial y cantaban como locas. Yo las oía temblorosa, acurrucada en un rincón de la diligencia, pero tan feliz, que me parecía estar soñando. No tenía más que diez y siete años y era tan tími-

da... ¡Figúrate! No había mirado nunca a la cara a ningún hombre más que a mi novio... Para mí el pecado más grande hubiera sido pensar en un hombre antes de pasar por la iglesia.

Elena (Sin poder dominarse.) ¡Ah!

Sra. Tre. Luego por la noche fuimos a Orleans... ¡Qué ciudad tan hermosa! Vimos una función en el teatro... ¡Yo estaba más bonita!... Y ahora ya lo véis... Sólo tengo arrugas, cabellos blancos y lo que es peor: comienzo a chochear...

Andrés ¡Ah! No... Eso no es cierto.

Sra. Tre. Sí... Sí... Chocheo... Pero como lo sé, pues como si no chochease... ¡Ea! Y ya me parece que hemos charlado bastante y os he entretenido demasiado. (Levantándose.) Es tarde. Os voy a dejar..

Elena (Con viveza.) ¡Ah, no... abuelita!... Eso sí que no... No te vas todavía.

Sra. Tre. Mañana seguiremos hablando. (Habla suavemente, pero con terquedad, con esa terquedad de los viejos que hacen siempre lo que se proponen.) ¿No es verdad? Esta noche vosotros tenéis algo más en qué pensar que en escucharme a mí..

Elena (Resuelta.) No, abuelita, no te vayas... Yo tengo que hablarte.

Sra. Tre. Sí, hija mía, sí. Me voy... Tengo sueño. Es preciso que me cuide... Esta mañana me levanté al amanecer...

Elena Te lo suplico, escúchame.

Sra. Tre. Mañana, mañana... A mi edad ya lo sabes, ni fatiga, ni emociones bruscas, ni contrariedades, ni disgustos...

Elena (Un poco intimidada.) Pero si es...

Sra. Tre. El Doctor me lo ha dicho bien claro: «Usted no podrá soportar una emoción fuerte...»

Elena (Helada.) ¡Ah!

Sra. Tre. Y yo sé que tú no serás la que me contraríe, ¿verdad? No... Tú no me harás sufrir nunca.

Elena (Gravemente.) No, abuelita. Yo no te haré sufrir... Yo no te daré el menor disgusto... No quiero... No quiero...

Sra. Tre. Pues adiós, hija mía... Adiós y que seas muy dichosa... muy dichosa.

Elena (Articulando las palabras con trabajo.) Abuela...

Abuelita... (Quiere hablar y se arrepiente.) No... No... ¡Nada!

Sra. Tre. (A Andrés.) A ti también te quiero dar un beso... (Se besan. Bajo a Andrés.) Cuida bien de ella... Está muy emocionada. (Se aleja.)

Andrés ¡Ah! Decididamente es usted algo mejor que una abuelita.

Sra. Tre. (Volviéndose desde la mitad de la escena.) ¿Sí? ¿Qué soy?

Andrés ¡Una buena mamá!

Sra. Tre. (Desde la puerta.) Y tú... Si yo tuviera cincuenta años menos... por ti haría locuras... ¡Buenas noches! (Vase.)

ESCENA IX

ELENA y ANDRÉS

Elena ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! No he tenido valor para decírselo... Hay que llamarla...

Andrés ¡No!

Elena Sí... Sí...

Andrés No... Mañana por la mañana se lo diremos todo...

Elena ¿Estás loco? Tú no puedes pasar aquí la noche.

Andrés Escúchame, Elena. Tú vas a entrar en tu habitación...

Elena Y tú..

Andrés ¿Yo?... Yo me quedaré aquí en esta sala... ¡Aquí pasaré la noche... ¡no he de dormir!...

Elena Pero eso es imposible.

Andrés ¿Por qué?

Elena Porque... ¡qué sé yo!

Andrés Elena... ¿No tienes confianza en mí?

Elena Sí... sí...

Andrés Entonces, ¿por qué esos temores?...

Elena Sí... Tienes razón... Es verdad... Así te podré ver todavía mañana al despertar... Y ahora cuando me duerma, seré feliz pensando que estás cerca de mí. . muy cerca... En la otra habitación... ¡Oh! Andrés... Esta mañana me has salvado a pesar mío... ¡Gracias! Ya lo ves... Todavía estoy emocionada... Buenas noches, ¿eh? Hasta mañana... (Hace un movimiento como para retirarse.)

Andrés ¡Oye! ¡Oye! ¡Oye!... ¿Supongo que no te marcharás ya?...

Elena ¿Por qué?

Andrés Creo que debes concederme siquiera unos minutos de conversación... Es nuestra noche de bodas... Me parece que me merezco un poco de tertulia...

Elena Eso sí es verdad.

Andrés ¿Pero no encuentras que es delicioso todo lo que nos sucede?... Mi llegada brusca diez minutos antes de la boda, la huída, nuestro amor libertado, toda esta loca aventura que nos trae al fondo de un país oculto entre bosques, a tu casa.. a esta casa que, a la edad que debe tener, no esperaría ver nada parecido... Palabra de honor que se me antoja un cuento de hadas...

Elena Un cuento de hadas, que no leerán los niños pequeños...

Andrés ¡Eh! ¡Quién sabe! Y la verdad es que aquí se respira honradez y virtud...

Elena Es verdad... Yo adoro esta casa, estos muebles... Siempre estuvieron ahí donde los ves... A veces pienso que son mis parientes.

Andrés Elena, me encantas... No sé si te adoro más cuando me hablas en serio o cuando te burlas de mí.

Elena En serio y en broma, así soy para ti. Te lo doy todo... Hasta las amarguras que me has hecho padecer al alejarte de mí...

Andrés ¿Sufriste mucho?

Elena ¡Mucho! Creí que me traicionabas, pero en vano quería olvidarte... ¡No podía! ¡No podía! Pasaba las noches enteras llorando y murmuraba tu nombre muy quedo, con una desesperación sin límites, con obstinada ternura... como si presintiera vagamente que volverías al fin...

Andrés Y yo... ¡yo te tenía una rabia! ¡Un rencor! ¡Estaba celoso como un tigre!

Elena No: yo no estaba furiosa... Yo no tenía más que pena... mucha pena.

Andrés ¡Alma mía! (Con voz un poco alterada.) Elena... Yo sueño con los instantes de dicha que nos esperan...

Elena (Mirándole.) No, Andrés... No me hables así...

Andrés (Avanzando hacia ella.) ¡Qué hermosa eres!

Elena (Temblorosa retrocede.) No, por Dios... No me mires de esa manera...

Andrés (A su lado.) ¡Amor mío!...

Elena (Vacilante.) No, no... Me ahogo...

Andrés ¿Qué tienes?

Elena Abre, por Dios... Abre aquella ventana... (Andrés corre a abrir la ventana.) Gracias... (Por la ventana abierta se descubre un gran trozo de cielo estrellado; un rayo de luna penetra a través de las flores.)

Andrés ¿Estás mejor?

Elena (Acercándose a la ventana.) Sí... ya estoy bien... ¡Oh! Sentía una angustia...

Andrés (Al lado de Elena en la ventana.) ¿Qué se ve ahí en frente? ¿El camino?

Elena ¡Oh, no! Todo eso es mi jardín... Son mis flores... Muchas de ellas las he plantado yo misma... Ahí están mis árboles, mi huerto, mi arroyuelo... Y allá abajo, a lo lejos, un gran bosque de castaños, oscuro y silencioso... ¡Todo esto es para ti! ¡Yo te lo ofrezco!

Andrés No sé por qué me parece que el jardín entero vive con nosotros estas horas de felicidad y está contento de nuestro cariño...

Elena (Inclinándose. Saca la mano y arranca una flor.) Está todo lleno de rosales. ¿Ves? (La aspira.) Este rosal le planté yo...

Andrés Y ha sabido que estás aquí y una rosa sube a besarte...

Elena (Retirándose demudada y pálida de la ventana.) Andrés... Cierra... Cierra la ventana...

Andrés ¿Pero por qué?

Elena Ese jardín... huele demasiado bien...

Andrés (Aproximándose a Elena.) No, Elena, no... No puedes librarte del encanto de nuestro amor... Está en todas partes; nos acecha, nos persigue, nos suplica... ¡Nos espera! ¡Ya no nos abandonará jamás! ¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto te quiero!...

Elena (Abandonándose en sus brazos.) Andrés... (De pronto hace un gran esfuerzo y se desprende.) No, no... Déjame... ¡Déjame!

Andrés Pero...

Elena No te acerques... Escucha... Es preciso que me oigas... Andrés, yo he sido siempre una

mujer digna... ¡Ahora soy tu prometida! Te pertenezco en cuerpo y alma... ¡Toda yo soy tuya! No conservo más que mi virtud... ¡Respétala unos días aún! Es porque la guardo para ti, por lo que quiero defenderla de ti mismo. Ya lo ves... He tenido un instante de desfallecimiento, de vacilación... pero ya pasó todo.. Ahora me siento fuerte y ya no tengo miedo de ti. No, Andrés, mírame bien... No te tengo miedo...

Andrés (Reprimiéndose. Muy correcto, con gran nobleza en el gesto y en la entonación de las palabras.) Elena, te pido perdón... No tienes nada que temer de mí... ¡Palabra de honor!

Elena (Con arranque.) ¡Ah! Gracias...

Andrés Ahora vas a retirarte a tu habitación y yo me quedaré a dormir aquí... (Señalando una butaca junto a la chimenea.) ¡Ah! No cabe duda... Lo voy a pasar bastante mal...

Elena ¡Pobre Andrés! Es verdad... Pero espera...

Andrés ¿Dónde vas?

Elena Vengo en seguida... (Entra corriendo en su habitación y un instante después sale con un edredón y un almohadón.)

Andrés Pero, ¿qué es eso?

Elena Una almohada y un edredón para ti...

Andrés No, no... Yo no tengo frío... Si por no tener no tengo ni frío... Si tuviera frío, eso al menos me distraería...

Elena Tú te callas y obedeces... Ven, que te voy a dejar bien instalado... Así... (Le hace sentar en el sillón frente al público. Andrés pone las piernas en otro sillón. Elena le cubre con el edredón, rodeándole el cuerpo.) Esto es... Verás cómo no tienes frío y además no te podrás escapar...

Andrés (Protestando) Debo estar muy ridículo... Pareceré un enfermo... ¡No! ¡No! (Bruscamente se destapa y se pone en pie.) Luego me verás siempre con este tipo y no podrás quererme...

Elena (Obligándole a sentarse.) Te digo que no... Estás precioso... ¡Ea! (Le coloca el almohadón para que recline la cabeza.) ¡Ajajá! Ahora bajaré un poco la luz para que no te moleste... (Quita un poco de luz al quinqué, que estará encima de la chimenea.) y te daré las buenas noches..

Andrés (Tendido entre los dos sillones, reclinada la cabeza

en el almohadón.) ¡Elena! ¡Qué mal lo voy a pasar!

Elena No digas eso... Yo en cambio voy a estar muy contenta... Desde hace mucho tiempo sueño siempre contigo... lejos de ti. Esta noche soñaré contigo teniéndote muy cerquita de mí...

Andrés (Tendiendo los brazos hacia Elena) Elena...

Elena ¡Silencio!

Andrés Supongo que no te irás así...

Elena ¡Cierre usted los ojos! (Andrés cierra los ojos apretándolos como los chicos pequeños. Elena, lentamente, se acerca por detrás del respaldo del sillón y se inclina para besarle. Se encuentran las manos de ambos y así cambian un largo beso. De pronto Elena se desprende y corre hasta la puerta de su habitación. Allí se detiene y envía otro beso a Andrés con la mano. En seguida entra, cierra la puerta y se oirá claramente que la llave da dos vueltas en la cerradura. Andrés lanza un suspiro.)

ESCENA X

ANDRÉS solo, luego la SEÑORA DE TREVILLAR

Al verse solo, Andrés se incorpora, pónese en pie, arregla el edredón, vuelve a sentarse y busca en vano postura cómoda, quitándose la almohada, dándola puñetazos y reclinándose de nuevo. Por fin cierra los ojos y queda inmóvil. Una pausa. Un reloj comienza a dar las doce campanadas de media noche. De pronto, muy cuidadosamente entreábrese la puerta del foro y entra con cautela y sigilo la señora de Trevillar. Va en traje de noche, bata y gorro blanco a la cabeza, lleva una bujía en la mano. De puntillas se dirige al vaso de la consola donde estarán las ramas de romero, coge tres y va a la puerta de la alcoba de Elena, colocándolas en el suelo. Retrocede y viene a tropezar con el sillón donde está Andrés. Este da un salto y se cubre con el edredón

Sra. Tre. (Asustadísima.) ¿Quién anda ahí?

Andrés (Poniéndose en pie.) ¿Cómo? La abuela...

Sra. Tre. Usted... ¿Pero es usted?...

Andrés (Balbuceando.) No... Digo, sí... sí... yo... yo soy...

Sra. Tre. ¿Qué hace usted aquí?

Andrés Pues yo... aquí... ya lo ve... usted... (Da la luz al quinqué.)

Sra. Tre. No, no veo lo que hace usted...

Andrés Es muy sencillo... Me quedé aquí... y... ¡eso es!

Sra. Tre. (Viendo el edredón.) ¿El edredón?

Andrés Sí, sí... Es para mí... Para que no tenga frío esta noche...

Sra. Tre. (Asombrada.) ¿Cómo? ¿Esta noche? Pero, ¿y Elena? ¿Está conforme?

Andrés No, no... nada de eso... Es que, ¿sabe usted?; la fatiga, el viaje... Naturalmente, ha preferido acostarse...

Sra. Tre. (Indignada.) ¡Y usted se resigna! ¡Usted se queda como si tal cosa! ¡Y se instala usted ahí tranquilamente en una butaca, con su edredón por encima... y duerme usted a pierna suelta!

Andrés Pero si es...

Sra. Tre. ¡Y pensar que hace un instante casi, casi me declaré a usted!... Ah, no... buen mozo... no... Si yo tuviera cincuenta años menos, le juro a usted que no hubiese necesitado tanto para tirarle a usted por la ventana...

Andrés Señora... Eso es una ofensa...

Sra. Tre. Ya lo sé... Por eso lo digo... ¡Habrase visto nada igual! ¡Vaya un marido! Amigo mío, los hombres tienen que ser hombres... ¡Y yo que venía con mi romero!

Andrés ¡El romero!

Sra. Tre. Cállese usted... ¡Vergüenza debía darle!

Andrés (Estallando.) ¡Pero por los clavos de Cristo, señora! ¡Que yo no tengo la culpa!

Sra. Tre. Entonces, ¿quién la tiene, ella? ¡No! Si no me asombraría... ¡Esas son las cosas que aprenden las muchachas en París! Bonita educación... Las enseñan a bailar danzas salvajes y a estarse trotando toda la noche con hombres a los que ni siquiera conocen, y luego el día de la boda no son capaces ni siquiera de convertirse en mujeres... ¡A mi edad las cosas se dicen claritas! Cuando dos personas se quieren como vosotros, una noche de boda es la maravilla más grande del mundo...

Andrés Sí, señora, sí... ¡Ya lo creo!

Sra. Tre. Entonces, ¿qué hace usted?

Andrés ¿Yo?

Sra. Tre. ¡Claro!... ¡Llámala!

Andrés Es que... yo...

Sra. Tre. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué generación, Dios mío! Verás cómo la llamo yo... (Golpeando en la puerta de Elena.) ¡Elena! ¡Elena!

Elena (Dentro.) ¿Quién me llama?

Sra. Tre. Soy yo... Abre... Tengo que hablarte... Sal en seguida... (Volviendo a Andrés con aire satisfecho.) Ya está... Ahí la tienes... A ver ahora...

Andrés Pero abuelita... Escúcheme usted.

Sra. Tre. (Casi en la puerta.) ¡No quiero escuchar nada!

Elena (Saliendo.) ¡Abuelita! ¡Abuelita! ¿Te vas? (A Andrés.) ¿Por qué se va?

Sra. Tre. (Ya en la puerta.) ¡Para dejaros solos!... ¡Qué generación! (Se va. Cierra la puerta y se oye claramente dar dos vueltas de llave en la cerradura.)

Elena ¡Abuelita, por Dios!... ¡Oye!... ¡Abre!

Andrés ¡Abra usted!... ¡Abra usted! (Los dos golpean la puerta furiosamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Comedor en la casa-granja de Elena. Es una habitación que sirve de sala de recibir. En el foro izquierda, por una puerta en forma de ochava, grande y alta, se ve una parte del jardín. En el centro del foro otra puerta más pequeña que conduce al patio de entrada de la casa. A la derecha escalera que conduce al primer piso de la casa. En el rellano estará la puerta de entrada a la sala. A la derecha, primer término, dos puertas, una que da acceso a la cocina y la otra al interior. En el foro un aparador.

En primer término derecha una mesa grande de madera y bancos y taburetes. Es de día. Mucha claridad y mucho sol.

ESCENA PRIMERA

ERNESTINA, el MOZO de la Estación, luego la SEÑORA DE TREVILLAR

Al levantarse el telón el Mozo de la Estación entrará por la puerta del foro con un baúl. El otro estará ya en escena.

Ern. Por aquí... por aquí. Con cuidado. Y sobre todo no haga usted ruido, que los señoritos están durmiendo todavía.

Mozo (Descargando el baúl al lado del anterior.) ¡Durmiendo a estas horas!

Ern. ¡Ah! Los recién casados no son nunca madrugadores.

Mozo Es verdad. Yo los vi llegar anoche... Vinieron en el tren de las diez y media.

Ern. ¡Qué baúles tan bonitos! ¡Es por lo visto la última moda!

Mozo Ya lo creo. ¡Como que parecen muebles!

Ern. A mí me gustan más los baúles antiguos, los que están forrados de pelo... Los baúles también para ser fuertes deben tener barbas...

Sra. Tre. (Entra por la puertecilla del foro. Viste una pequeña cofia, un chal y lleva un devocionario en la mano.) Buenos días. ¿Qué? Han llegado ya los equipajes, ¿eh? Menos mal. Tome usted. (Le da una moneda.)

Mozo Muchas gracias, señora.

Sra. Tre. Salude usted de mi parte al Jefe de Estación. ¿Está bien?

Mozo Sí, señora... Sí. La semana pasada tuvo otro hijo, ¡y van seis! (Vase Mozo.)

Sra. Tre. ¡Qué familia! ¡Seis hijos!

Ern. A mí no me sorprende. Hace pocos días leí en un periódico de París una estadística que demuestra que los jefes de Estación son los que dan mayor número de hijos a Francia. Es la profesión más fecunda, porque como se tienen que levantar por la noche para vigilar el paso de los trenes, se despabilan y claro...

Sra. Tre. (Dándola el chal y el devocionario.) Calla y toma.

Ern. ¿Ha oído usted misa?

Sra. Tre. Sí. La primera.

Ern. ¿Ha visto usted que tenemos un señor cura nuevo?

Sra. Tre. Y que por cierto no me gusta nada. Verdad es que el otro tampoco me era simpático... En general me gusta la Iglesia, pero no suelen gustarme los curas.

Ern. ¡Señora, por Dios! Qué dirá el Señor si la oye...

Sra. Tre. Puede que El también piense lo mismo que yo. ¿Qué? ¿No se han despertado aún los tórtolos?

Ern. No; todavía no.

Sra. Tre. Hace un día espléndido. ¡Y un sol! Dime... ¿Está ya el chocolate?

Ern. Dentro de cinco minutos. Ya he preparado las tazas.

Sra. Tre. ¡Cómo! Esas tazas, no. Trae las finas. Aque-

llas que tienen un filetito dorado... (Óyese el ruido de una persiana.) ¡Ah! ¡Han subido la persiana!

Ern. Sí. Ya se han levantado.

Sra. Tre. Pues anda... ¡vivo! Vamos a preparar el chocolate. Quiero llevárselo a la habitación yo misma.

Ern. No, señora. Yo lo subiré.

Sra. Tre ¡Tú! Estás loca. ¡Eres demasiado joven para ver esas cosas! ¡Vaya! (Vanse las dos por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA II

VALENTÍN. Luego, la SEÑORA DE TREVILLAR

Aparece Ramón en el fondo indicando a Valentín el camino. Valentín entra un poco aturdido, mirando a todas partes. Viste traje de americana, sombrero hongo y trae un gabán al brazo.

Val. (A Ramón.) Gracias... (Ramón se aleja. Entra Valentín sudoroso, agitado.) Nadie... Siete horas de tren... y luego dos kilómetros a pie por la carretera, aguantando un sol de justicia... Tengo una sed que me ahogo. (Ve la botella y el vaso encima de la mesa y se aproxima, llena la copa y se la bebe. En este momento aparece la señora de Trevillar, que se queda un poco sorprendida.)

Sra. Tre. ¿Eh? ¿Por dónde ha venido este hombre?

Val. (Acaba de beber el primer vaso.) ¡Qué fresca está! (Se dispone a servirse un segundo vaso, sin ver a la Señora de Trevillar.)

Sra. Tre. Pero, caballero...

Val. (Soltando el vaso; se quita el sombrero.) ¡Oh, perdone usted, señora!... ¿Tiene usted la bondad de decirme si la señorita Elena de Trevillar está aquí?

Sra. Tre. Sí, señor. Aquí está.

Val. (Sin sorpresa.) ¿No creerá usted lo que la voy a decir? ¡Estaba seguro!

Sra. Tre. ¿Que estaba usted seguro? ¿De qué?

Val. (En este momento repara en los baúles.) ¡Ah! Aquí están mis baúles.

Sra. Tre. ¡Sus baúles! ¿Quiere usted hacer el favor de

explicarme, caballero? Yo soy la señora de Trevillar.

Val. ¿La abuela de Elena? Entonces... ¿usted sabe ya todo...?

Sra. Tre. ¡Yo! ¿Qué?

Val. ¡La conducta inconcebible de Elena!

Sra. Tre. Caballero, no le consiento a usted...

Val. Señora, cuando hablo así es porque tengo derecho.

Sra. Tre. Pero, ¿quién es usted?

Val. (Con naturalidad.) ¡Quién voy a ser! ¡El marido de Elena!

Sra. Tre. ¡Es un loco!

Val. ¿Yo?

Sra. Tre. Basta, caballero. Sepa usted que Elena está aquí con su marido.

Val. ¿Eh? Yo debo haber oído mal.

Sra. Tre. No, señor. Elena y su esposo llegaron aquí ayer por la noche.

Val. ¿Qué ha venido? ¿Qué ha venido con... con un hombre?

Sra. Tre. ¡Claro! Con su marido, puesto que se casaron ayer.

Val. No, señora, no. Elena no se ha casado.

Sra. Tre. ¡A ver! ¡A ver cómo es eso! Dice usted que Elena no se ha casado y, sin embargo, afirma usted que es su marido.

Val. Yo no soy su marido. Es decir, lo soy, pero ¡vamos! no lo soy del todo. Elena se escapó ayer de casa en el momento en que todo estaba dispuesto para ir a la Iglesia.

Sra. Tre. ¿Qué dice usted?

Val. Lo que usted oye. Y, por lo visto, se escapó con alguien. ¡Y usted, señora... usted lo ha consentido! ¿Cómo se llama ese hombre?

Sra. Tre. Indudablemente usted está loco. Le repito a usted que Elena está aquí con su marido, con Valentín de Barroyer.

Val. ¿Se llama Valentín? ¿Se llama Valentín de Barroyer?

Sra. Tre. Sí, señor.

Val. Pero, entonces yo... Vamos a ver, ¿cómo me llamo yo?

Sra. Tre. ¡Usted sabrá! ¿A mí qué me importa?

Val. ¿Quién le ha dicho a usted que él se llama así?

Sra. Tre. Todo el mundo. ¡El mismo!

Val. ¡El! ¡Valiente sinvergüenza!

Sra. Tre. ¡Caballero!

Val. Pero, si soy yo... ¡Soy yo Valentín de Barroyer!

Sra. Tre. ¡Usted!

Val. ¿Quiere usted pruebas? (Sacando la cartera.) Vea usted. Mi tarjeta. Valentín de Barroyer, Tribunal de Cuentas. Y este baúl... ¿Ve usted este baúl? Es el mío. Mire usted la llave. (Saca un manojo de llaves y hace girar la cerradura con una de ellas.) Me parece que corre bien. No tendrá usted duda...

Sra. Tre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Pero, ¿qué es esto?

Val. Puedo decirla a usted todo lo que hay en la bandeja del baúl, sin abrirle... y sin mirar. Hay un *neceser*, dos docenas de pañuelos, seis pares de guantes, un sombrero flexible gris y otro de paja... (Levanta la tapa.) ¿Ve usted? Ahí lo tiene usted todo... Los pañuelos, los guantes, el *neceser*... y los sombreros. (Se pone uno primero y el otro después.) Fíjese usted. Este me está bien... y éste lo mismo. Los dos están a la medida. (Se quita uno y se pone el otro repetidas veces. Luego coloca los dos sombreros sobre la mesa.) ¿Ve usted? ¿Ve usted?

Sra. Tre. Pero, entonces... el otro... El otro que está allí arriba... ¡Dios mío! Yo pierdo la cabeza.

Val. Yo se lo explicaré a usted todo, señora. Está muy claro, desgraciadamente. Yo era el prometido de Elena, y ayer nos casábamos. A las once y veinte Elena estaba ya vestida de novia. Si verdaderamente hay un instante en que el hombre cree que se casa con seguridad, es cuando ve a la novia con el traje de boda puesto.

Sra. Tre. Sí... Sí...

Val. Pues no, señora. Eso era antes. Ya no. A las doce y siete minutos el cortejo estaba preparado, los testigos, los invitados, el cura... todo... Pero, ¡ahí tiene usted! Elena había desaparecido. Sí, señora; se había escapado. Y eso fué bastante para que no se pudiese verificar la boda.

Sra. Tre. ¡Qué atrocidad!

Val. ¡Espantoso! ¡Ah! ¡Si usted hubiera visto

aquella casa! Apenas se supo la noticia de la fuga de Elena, fué una cosa indescriptible. La atmósfera de felicitaciones se convirtió en seguida en atmósfera de pésame. Unos me estrechaban la mano con simpatía, otros soltaban la carcajada en mis narices. Un alto Magistrado del Tribunal de Cuentas empezó a darse de puñetazos con un agente de Policía disfrazado, porque no le dejaba recoger el regalo que había llevado: una miniatura que no valía cinco céntimos. Las muchachas estaban inconsolables, las madres encantadas. En fin, señora, una confusión horrible, un escándalo, un verdadero escándalo.

Sra. Tre. ¡Si no puede ser verdad! ¡Si no es posible!

Val. Pero, señora, ¿cree usted que yo vengo de París... que me he pasado siete horas en el tren... que he cambiado en Orleans—porque se cambia en Orleans—y que, por fin, he llegado hasta aquí para contarle a usted un cuento?

Sra. Tre. Sí, sí... Tiene usted razón.

Val. He venido porque he reflexionado... Supuse que Elena se habría refugiado aquí. Y me disponía a reprenderla por su conducta, a razonarla... cuando me entero de que ha venido acompañada de un hombre...

Sra. Tre. ¡Jesús! ¡Jesús! Y me dijo que era su marido. ¡Su marido! Pero, entonces, ¿quién es? Dígame usted... ¿quién es?

Val. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa? ¿Es... es buen tipo?

Sra. Tre. (Indignada.) Muy guapo... ¡Oh! ¡Es horrible!

Val. ¿Mejor que yo?

Sra. Tre. ¡Mucho mejor!

Val. ¡Es increíble! ¡Qué asco!

(Entra Ernestina llevando preparadas en una bandeja dos tazas de chocolate, con su servicio completo de servilletas, bollos, manteca, etc., etc.)

Ern. (Contentísima.) Aquí está el chocolate de los recién casados. Ya se han levantado...

(Valentín da un brinco.)

Sra. Tre. (Muy incomodada.) Vuélvete a llevar eso a la cocina...

Ern. (Asombrada.) ¿Eh?

Sra. Tre. ¡Que te lo lleves! ¡Vete!
(Vase Ernestina.)

Val. (Pausa.) Señora... A mí me gustan las situaciones claras y precisas, pero esta... es de una precisión que pasa ya los límites...

Sra. Tre. ¡Señor! Pero, ¿cómo es posible? Si no lo puedo creer... Ella... ¡Mi Elena!

ESCENA III

DICHOS y ANDRÉS

Aparece Andrés en lo alto de la escalera y desciende lentamente los peldaños. Sin enterarse de la presencia de Valentín, avanza sonriente hacia el sitio donde se encuentra la señora de Trevillar. El aspecto de Andres será el de un hombre satisfecho, feliz, contento de la vida

Andrés (Acercándose a la señora de Trevillar y tendiéndola los brazos.) Buenos días, abuelita.

Sra. Tre. (Retrocediendo indignada.) No se acerque usted a mí.

Andrés (Cohibido.) ¿Qué?

Sra. Tre. ¡Es usted un bandido!

Andrés Señora... no comprendo...
(Hasta este momento Valentín habrá estado silencioso, mirando de reojo a Andrés. Ahora se decide a intervenir y se dirige a Andrés empleando un tono que él quisiera que fuese digno. Al decidirse a hablar a Andrés, coge Valentín uno de los sombreros que habrá dejado encima de la mesa y se lo encasqueta.)

Val. (A Andrés.) Caballero... Permita usted que haga mi presentación... Soy Valentín de Barroyer, jefe de sección en el Tribunal de Cuentas... (Se queda muy engallado, creyendo que con aquellas palabras ha confundido a Andrés.)

Andrés (Hace un movimiento involuntario y retrocede.) ¡Ah!

Val. Y me entero de que se ha hecho usted pasar por mí, suplantando mi nombre, sin tener siquiera la cortesía de avisarme... ¡Es el colmo!
(Todo esto lo dirá Valentín dirigiéndole miradas furibundas, pero sin encolerizarse, porque es un hombre que no puede descomponerse nunca.)

Andrés Caballero...

Val. Pero explíquese usted...

Andrés Estoy dispuesto a hacerlo... Pero antes tenga la bondad de quitarse el sombrero...

Val. ¡Yo!

Andrés (Indicándole la presencia de la señora de Trevillar.) Se lo ruego a usted.

Val. Está bien... (Se quita el sombrero y le deja de un golpe sobre la mesa.)

Sra. Tre. (A Andres.) Ante todo, ¿quién es usted?

Andrés Soy Andrés de Eguson, tu nieto, abuelita.

Sra. Tre. (Asombrada.) ¡Tú!

Val. Sí, ¿eh? No le haga usted caso... ¡Está en Viena!

Andrés Regresé ayer sin que se enterase nadie...

Val. ¿Y cómo demuestra usted que eso es verdad?...

Andrés ¿Eh?

Val. Sí, señor... ¿Cómo? ¿Tiene usted alguna prueba? Un baúl... unos sombreros... en fin, ¡algo!

Andrés ¡Basta, caballero!

Sra. Tre. ¡De todos modos, os habéis burlado de mí!

Andrés No... Ibamos a confesártelo todo, Elena y yo...

Sra. Tre. ¡Ah! No... No me hables de ella... ¡Infame! ¿Cómo ha podido esa criatura hacer esto?...

Andrés Yo te suplico que me escuches... Nosotros nos queríamos desde el primer día que nos encontramos.. Mi brusca llegada ayer puso todo en claro, pero... ya era tarde... ¿Qué hacer? Con grandes esfuerzos convencí a Elena, que huyó conmigo. Es nuestra voluntad contraer matrimonio... No se trata de una aventura... Yo la obligué a renunciar a un casamiento que iba a ser su eterna desgracia.

Val. ¡Cómo! Su desgracia... En primer lugar, usted, ¿qué sabe?

Andrés Su desgracia, sí, señor... Estoy seguro...

Val. (Creyendo que dice una injuria tremenda.) Caballero... Eso que dice usted es muy desagradable...

Andrés Pero, ¿quiere usted dejarnos en paz?

Val. Mantengo mis palabras.. ¡Es muy desagradable...

Andrés (Sin hacerle caso y dirigiéndose a la señora de Trevi-

llar.) ¡Te juro que digo la verdad y que nuestro deseo es casarnos cuanto antes!...

Val. (Saltando.) ¡Cuanto antes! Pero, ¿y yo? ¿Que es lo que pinto yo aquí?

Andrés Pero, caballero, usted no habla más que de usted... Por lo visto no se da cuenta de que usted es de una importancia secundaria en todo esto.

Val. (Indignado.) ¿Secundaria? ¡Vamos! Es admirable... Olvida usted que ayer yo lo era todo... Sí, señor... Todo... Yo era el porvenir, la felicidad, el amor, en fin, todo lo más considerable que en la vida existe... Y hoy ya, ¿no soy nada? ¡Bah! No se disminuye de importancia con esa rapidez... ¿Eso no es admisible!

Andrés Bueno, bueno... Está bien... No nos aburra usted más...

Val. ¿Y además le aburro a usted? Pero, entonces, ¿qué es lo que debo hacer yo?

Andrés (Impaciente.) ¿Y a mí qué me cuenta usted?

Val. (Coge otro sombrero y se lo encasqueta furioso.) ¡Cómo se entiende! ¿Cree usted que me voy a contentar con esas explicaciones?

Andrés Si no le satisfacen a usted estoy a sus órdenes y puede usted mandarme sus testigos cuando guste.

Sra. Tre. ¡Eh, eh! ¡Alto ahí!...

Val. ¡Mis testigos! ¡Mis testigos! ¿Le parece a usted que hay pocos testigos en este asunto?... Yo no tengo miedo, señor mío... Me he batido dos veces. ¡Dos veces! ¡Y jamás he resultado herido... ni mis adversarios tampoco! De modo que ya ve usted que no tengo miedo. Pero esta vez... ¡Ah! No... ¿Conque se escapa mi novia con usted y encima quiere usted que me bata? ¡Muy bonito! ¡Sería el colmo!

Andrés ¿Quiere usted hacerme el favor de quitarse el sombrero?

Val. ¡Yo!

Andrés Se lo ruego a usted...

Val. (Como antes. Se quita el sombrero y le deja encima de la mesa.) ¡Está bien!

Andrés En resumidas cuentas... ¿qué es lo que se propone usted hacer?

Val. Si yo supiera lo que he de hacer... (Muy digno.) lo haría sin vacilar. Pero todavía no lo sé.

Andrés No comprendo...

Val. Necesito reflexionar .. De todas maneras sepa usted, caballero, que yo no le cedo la plaza. (A la señora de Trevillar.) Antes de resolver necesito tener una entrevista con Elena. Después celebraré otra conmigo mismo... y decidiremos.

Sra. Tre. Perfectamente; pero hagan ustedes el favor de dejarme sola... La casa no es grande... (A Valentín.) Tenga usted la bondad, caballero, de pasar un momento al jardín, hasta que yo hable con Elena. Le llamaré a usted en seguida.

Val. Puesto que usted lo ordena, señora, obedezco. Esperaré en el jardín. (Coge un sombrero de los tres y se lo pone. A Andrés.) Y en cuanto a usted, caballero... ¡Sepa usted que no le dirigiré la palabra en mi vida!

Andrés Muy bien. Pero antes me va usted a permitir una pregunta... la última.

Val. ¿Cuál?

Andrés ¿Por qué cambia usted tanto de sombrero?

Val. ¡Porque me da la gana! A usted no le importa. (Vase Valentín.)

ESCENA IV

SEÑORA de TREVILLAR y ANDRÉS

Sra. Tre. (Cruza la escena y abre la puerta.) Y tú... entra aquí y espera.

Andrés Pero...

Sra. Tre. Obedéceme y calla.

Andrés Obedezco... (Vase Andrés primera puerta derecha.)

ESCENA V

SEÑORA de TREVILLAR y ELENA

Sra. Tre. (Aproximándose a la escalera.) ¡Elena!...

Elena (Desde arriba.) ¿Qué?

Sra. Tre. Ven en seguida...

(Elena, con bata de mañana, aparece en el rellano de la escalera y baja rápidamente.)

Elena (Precipitándose en los brazos de la señora de Trevillar.) ¡Abuelita! ¡Oh! ¡Abuelita!...

Sra. Tre. (Conteniéndose.) ¿Qué? ¿Cómo estás?

Elena Bien... dime... ¿No le has visto?

Sra. Tre. ¿A quién?

Elena A... a mi marido.

Sra. Tre. ¡Ah! A tu... ¿a tu marido?... Sí... sí...

Elena ¿No te ha dicho nada?

Sra. Tre. No. . Nada de particular...

Elena ¡Ah!... (Con timidez.) Abuelita...

Sra. Tre. ¿Qué?

Elena Te voy a dar un disgusto muy grande...

Sra. Tre. ¡Eh!

Elena Tengo que confesarte una cosa terrible... y ya lo ves... no me atrevo... ¡Ay! Abuelita... Tú eres muy buena, pero tienes que ser también muy indulgente...

Sra. Tre. Habla... (Se sienta.)

Elena Déjame que me ponga a tus piés... y que coloque mi cabeza sobre tus rodillas, como cuando era pequeña... abuelita... Te hemos engañado... (Sin mirarla.) Yo... no estoy casada...

(Pausa larga. La señora de Trevillar guarda silencio. Al cabo de un instante, Elena, inquieta, levanta la vista.)

Sra. Tre. (Gravemente.) Y no sólo no estás casada, sino que el día mismo de la boda te has escapado con tu primo Andrés.

Elena (Levantándose bruscamente.) ¿Cómo? ¿Lo sabes?

Sra. Tre. Sí... lo se... ¡Y me horrorizas!

Elena Perdón, abuelita, perdón. .

Sra. Tre. Yo que había depositado en ti toda mi confianza; yo que te colocaba tan alta, tan alta... ¡Dios mío! Pero, ¿tú no te das cuenta de lo que has hecho?

Elena ¡Oh! Sí... abuelita... Eso sí.

Sra. Tre. ¿No tienes remordimientos?

Elena Sí, sí... es decir... escúchame, abuelita... Me sucede una cosa más terrible todavía...

Sra. Tre. (Asustada.) ¿Qué?

Elena (Humildemente.) Que soy muy feliz...

Sra. Tre. (Indignada.) Pero, ¿cómo te atreves a confesar semejante abominación?

Elena No puedo mentir... Yo bien quisiera, pero no puedo ..

Sra. Tre. ¡Tú! ¡Tú!

Elena No es por entero nuestra la culpa. Tú no sabes con cuánta maldad, qué cruelmente nos ha separado la madre de Andrés... Nos engañó, nos hizo traición, interceptó las cartas...

Sra. Tre. No me asombra tratándose de ella... pero esa no es una razón... Yo no encuentro nada que justifique tu conducta... nada.

Elena No digas eso, abuelita.. Además hay algo que me disculpa...

Sra. Tre. ¿Qué?

Elena No me atrevo a decírtelo por no disgustarte... Pero, ¡qué quieres! De todo lo que ha sucedido tú tienes la culpa...

Sra. Tre. ¡Yo! ¿Que yo tengo la culpa?

Elena Sin saberlo, claro está... Yo te juro que Andrés se condujo ayer como siempre con el mayor respeto... Cuando nos dejaste solos, nos dijimos adiós y yo me retiré a mi cuarto mientras él se disponía a pasar la noche en un sillón... Ya lo ves... Todo estaba bien dispuesto. Pero llegaste tú... le dijiste no sé qué cosas...

Sra. Tre. ¡Yo!

Elena Sí... Tú despertaste en él el cariño que dormitaba, llamaste a mi puerta... me hiciste salir...

Sra. Tre. ¡Dios mío! ¡Es verdad! ¡Es verdad!...

Elena Y luego te fuiste sin hacernos caso... No quisiste escucharnos cuando te llamábamos.

Sra. Tre. (Espantada.) ¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Ha sido culpa mía! Tiene razón... Y para esto he venido yo... No me queda ni siquiera el recurso de poder condenar tu conducta... ¡Oh! Es terrible...

Elena ¡Oh, no lo sientas, abuelita mía... no lo sientas!... ¡Si tú supieras qué feliz soy! ¡No lo ves?... Cuando se es tan dichosa no puede una convencerse de haber obrado mal...Pero para comprender esto sería preciso que te dieras cuenta del cariño que siento por Andrés, y esto no es posible, tú no puedes saberlo... ¡nadie lo puede saber! Mi cariño es

algo maravilloso, algo que encanta y enloquece... Sí... sí... Es una locura y al mismo tiempo una sensación tan dulce, tan suave... ¡Oh! No puedo pensar en él sin que mi cabeza dé vueltas y mis ojos se llenen de lágrimas... y cuando me habla sus palabras me encantan, sus miradas me inundan de luz y le veo a él, a él solo... y nada más...

Sra. Tre. Nunca te oí hablar de ese modo... Jamás ví en tu rostro esa expresión... Yo no he oído en mi vida esas palabras...

Elena ¡Abuelita, tú me tienes que perdonar!...

Sra. Tre. (Después de una pausa.) Sí... Soy ya tan vieja... Estoy despidiéndome de la vida... A mi edad apenas si queda tiempo para otra cosa más que para perdonar...

Elena Además, puedes estar segura de mi honradez y de la suya.

Sra. Tre. ¡Ah! ¡El!...

Elena ¡Pero si tú le querías ya!

Sra. Tre. Sí... El muy bandido me sedujo... Yo soy una abuela seducida... ¡Muy bonito!

Elena ¿Dónde está Andrés?

Sra. Tre. Allí... Y en el jardín tienes al otro.

Elena ¿A quién?

Sra. Tre. Al señor de Barroyer.

Elena ¡Cómo! ¿Está aquí Valentín?

Sra Tre. Acaba de llegar en el primer tren.

Elena ¡Oh! Yo no quiero verle, ¿sabe? ¡No quiero, no quiero!

Sra. Tre. (Con autoridad.) Tú harás lo que yo te mande. Los dos haréis lo que yo os mande. No faltaba más. (Abre la puerta de la habitación donde se halla Andrés.) Ya puedes salir.
(Aparece Andrés.)

ESCENA VI

SEÑORA DE TREVILLAR, ELENA y ANDRÉS

Elena ¡Andrés! (Queriendo abalanzarse a él.)

Sra. Tre. ¡A callar! He dicho que ahora quiero que me obedezcais los dos.

Andrés Obedeceremos.

Sra. Tre. Vais a saber mis condiciones. (A Andrés.) Tú

irás a pedir el consentimiento de tus padres para el matrimonio. (A Elena.) A ti te exijo que obtengas el perdón de ese pobre hombre que ha venido de París con tantos trabajos y tantos sombreros. (A Andrés.) Tú te irás inmediatamente a ver a tu madre. Voy a ver a qué hora sale el primer tren.

(Se sienta junto a la mesa, se coloca las gafas y comienza a buscar en las hojas del Indicador de ferrocarriles. Andrés y Elena se reunen en el extremo opuesto de la escena.)

Andrés ¿Cómo nos arreglaremos para conseguir lo que nos pide?

Elena ¡Yo no sé con qué cara me voy a poner delante de Valentín!

Andrés ¡Ni yo con qué gesto me recibirá mi madre! ¡Debe estar de un humor!... ¿Y mi pobre padre?... ¡Va a ser horrible la entrevista!

Elena ¡Si supiésemos algo de lo que haya ocurrido después de nuestra huída!...

Andrés Eso facilitaría las cosas. Pero, ¿cómo? No sabemos si han averiguado mi vuelta.

Elena Si encontrásemos alguien a quien enviar para que se informase antes de llegar tú...

Andrés ¡Bah! Eso es imposible.

Elena Yo quisiera evitarte el primer choque con tu madre.

Andrés ¡Qué más da! ¡Qué le hemos de hacer si no hay medio de evitarlo! ¿Tú me quieres?

Elena ¡Con toda mi alma!

Sra. Tre. (Levantándose.) No hay tren hasta las dos de la tarde, que sale un ómnibus.

Elena Será mejor que espere al exprés.

Sra. Tre. No, hay casos en que un tren ómnibus es un castigo. Te irás en él.

Andrés Está bien.

Sra. Tre. Pero antes quiero que vayan a poner un telegrama a tu padre. Voy a redactarle.

Andrés Perfectamente.

Sra. Tre. Espera aquí. (A Elena.) Tú ven conmigo.

Elena Es que...

Sra. Tre. (Con autoridad.) ¡Te mando venir conmigo!

(Vase delante la señora Trevillar, de manera que Andrés y Elena, de espaldas a ella, corren a unirse en un abrazo. La señora de Trevillar vuelve la cabeza desde la puerta primera derecha los ve y da dos pasos

en dirección a ellos, pero de pronto se detiene, hace un gesto de indulgencia y sale sin decir nada. Elena se desprende de los brazos de Andrés y vase corriendo detrás de ella.)

Elena Voy, abuelita, voy!
(Todavía desde la puerta se envían un beso.)

ESCENA VII

ANDRÉS y VALENTÍN

Valentín entra precipitadamente oprimiéndose un dedo de la mano derecha y mirando a todas partes. Ve a Andrés, vacila, y, por último, sin dirigirse a él, pónese a hablar en alta voz

Val. Agradecería que alguien me dijese dónde podría encontrar un poco de vinagre.

Andrés (Se vuelve y le ve.) Ante todo, quiero hacer constar que no he sido yo quien dirige a usted primeramente la palabra.

Val. Ni yo tampoco. Me limito a hablar en alta voz y digo: «Yo agradecería que alguien me dijese dónde podría encontrar un poco de vinagre.» (Sin mirarle.)

Andrés ¿Pues qué le sucede a usted?

Val. (Oprimiéndose el dedo.) Me acaba de picar una avispa, y por eso hablaba en alta voz y decía...

Andrés (Precipitándose a buscar las vinagreras en el aparador.) No faltaba más... ¿Por qué no lo ha dicho usted antes? Aquí está el vinagre. Permita usted que yo le cure.

Val. (Muy digno.) No, señor, muchas gracias... Me curaré yo mismo... No es nada... pero duele bastante... (Vierte un poco de vinagre en un platillo, baña el dedo y en seguida saca del bolsillo con la mano izquierda su pañuelo y trata de desgarrarle sujetándole con los dientes.)

Andrés Pero, ¿cómo ha sido eso?

Val. No lo he podido evitar... Me clavó el aguijón. Estaba distraído.. No tengo costumbre de hacer antesala enmedio de los campos... (No logra desgarrar el pañuelo.) Lo siento mucho, caballero, pero no tengo más remedio que

pedir a usted que me haga el favor de romper este pañuelo...

Andrés Lo que usted quiera...

(Rápidamente, Andrés rasga una tira del pañuelo y se dispone a vendar el dedo a Valentín.)

Val. No, no... me vendaré yo mismo.. Es una cuestión de dignidad... (Comienza a vendarse el dedo: pero no puede.)

Andrés No podrá usted... Vamos... Siéntese usted... Sí... sí... Hágame usted el favor... Déjeme usted que le ayude.

(Valentín se sienta. Andrés le venda el dedo.)

Val. (Resignado.) ¡Sea! Tengo que apurar todas las humillaciones...

Andrés Por Dios, caballero... No es una razón que nos encontremos en una postura molesta...

Val. Molesta para mí... ¡En el caso de usted yo no estaría molesto!

Andrés (Apretando la venda.) ¿Le aprieta a usted mucho?

Val. No, señor... Está bien... Siento mucho tener que reconocer que está bien... pero está bien.

Andrés Bueno, y ahora, permítame usted que le aconseje que abandone esa actitud... Yo me la explico, desde luego, y puede usted creer que me apena... En fin, ¿qué le diría yo?... Le compadezco de todo corazón...

Val. ¿Eh?

Andrés Sí, señor... Es horrible lo que le ha sucedido a usted...

Val. Claro que es horrible... Pero lo más horrible es que sea usted quien me lo diga...

Andrés Es verdad... Perdóneme usted... Olvidaba qne soy yo...

Val. A usted le es fácil... pero, ¿a mí? Yo no puedo olvidar que usted es la causa de todo lo que me sucede, porque gracias a usted, ayer después de la fuga de Elena, me encontré en una situación que nadie puede imaginar, en presencia de la Condesa, su señora madre...

Andrés Es verdad... Es verdad... Usted puede darme algún detalle de lo ocurrido... ¿Qué dijo mi madre?

Val. ¡Ah! ¿No adivina usted lo que dijo?

Andrés Supongo que trataría de consolar a usted...

Val. ¿Consolarme? ¡Sí, sí...! Durante media hora estuvo vertiendo sobre mí todos los improperios que es capaz de decir una señora de la buena sociedad... ¡Y vaya si es extenso el repertorio... Para final, declaró que de lo ocurrido yo solo era el culpable,..

Andrés En eso, sí, tiene razón... Evidentemente, la culpa es de usted...

Val. (Indignado.) ¡Mía la culpa! ¡Vamos! Eso ya es intolerable... Que usted... a mí... aquí... ¡Ah! No.... Prefiero volver otra vez al jardín... Es peligroso, pero lo prefiero... (Vase muy dignamente al jardín.)

Andrés Pues, señor, no he visto un hombre más susceptible que este.

ESCENA VIII

SEÑORA DE TREVILLAR y ANDRÉS

Sra. Tre. Aquí está el telegrama que vas a enviar a tu padre ahora mismo... Quiero que sepa cuanto antes que Elena está conmigo desde ayer. Esto es muy importante.

Andrés Así lo haré.

Sra. Tre. Y luego, antes de marcharte, hablaremos.

Andrés Está bien... Corro a poner el telegrama... (Coge distraídamente uno de los sombreros que Valentín habrá dejado sobre la mesa, y vase por la puerta del foro.)

ESCENA IX

La SEÑORA DE TREVILLAR, en seguida VALENTÍN

(Valentín entra precipitadamente haciendo aspavientos con los brazos como si se defendiera contra las picaduras de una nube de invisibles insectos. Al ver a la señora de Trevillar duda un momento; después, resueltamente, se dirige a ella.)

Val. Perdone usted, señora, ¿no me podría usted dar las señas de algún hotel o fonda en este pueblo?

Sra. Tre. ¡Un hotel!... ¿Para qué?

Val. Es que... Son cerca de las once de la mañana... He viajado durante toda la noche y no he tomado ningún alimento todavía... Tengo una pena inmensa por lo que me pasa, pero... en fin... tengo hambre también.

Sra. Tre. ¿Y va usted a ir a una fonda? De ningún modo... Yo haré que le sirvan alguna cosa...

Val. Puesto que es usted tan amable no tiene que molestarse. Ayer envié facturado un cesto con la merienda... Con eso me basta.

Sra. Tre. ¡Ah! ¿Era de usted?... El caso es que... se lo han comido todo...

Val. (Indignado.) ¿Que se lo han comido? ¡Oh!

Sra. Tre. Pero no importa... Ahora mismo le traerán a usted pan y unas confituras del país... Son deliciosas...

Val. Señora...

Sra. Tre. Nada... Nada... Ahora mismo... (Llamando.) ¡Ernestina, Ernestina!... (A la puerta de la cocina.) Trae pan y las confituras. . (A Valentín.) ¿Qué prefiere usted, fresa o ciruela?

Val. Es que yo...

Sra. Tre. Lo que más le guste.

Val. Bueno... pues ciruelas.

Sra. Tre. (A la puerta de la cocina.) Trae la ciruela.

Val. Verdaderamente, señora, no sé cómo agradecer a usted. .

Sra. Tre. Eso no vale la pena.

Val. Es muy bonita esta casa... Veo que lo hubiera pasado aquí muy bien... El paisaje es lindo, las gentes del país tienen el aire de ser buenas... Buenas como usted... (Con un poquito de emoción.)

Sra. Tre. Esto es horrible... Tengo la fatalidad de que me enternezcan todos... (Casi llorando.) Usted también, joven, usted también es bueno...

Val. Sí, pero crea usted que no me sirve para maldita la cosa. .

Sra. Tre. ¿Odia usted a Elena?

Val. Sí, señora, la odio... Es absolutamente preciso que la odie y tengo que decírselo así a ella misma... Ya comprenderá usted, señora, que yo no puedo regresar a París y ocupar mi puesto en el Tribunal de Cuentas, sin enfadarme antes con Elena... Y hago todo lo

posible para enfadarme. Es una cuestión de dignidad...

Sra. Tre. Pues bien... Voy a enviar aquí a Elena... Censúrela usted, porque su conducta lo merece... Hágala cuantos reproches quiera... Regáñela mucho... mucho... ¡Vamos! Lo menos posible. (Vase primera derecha.)

ESCENA X

VALENTÍN, luego ELENA

Val. (Al quedarse sólo lanza un suspiro de satisfacción, coge una silla y la coloca delante, se estira los puños, tose y dirigiéndose a la silla, comienza a hablar.) ¡Ah! ¡Por fin!... Ahora creo que voy a sentirme indignado de verdad... En cuanto salga la hablaré así... Elena... Te has conducido conmigo de un modo incalificable... (Queriendo incomodarse mucho.) Yo me pregunto, ¿qué sucedería si todas las mujeres, el día de la boda, hiciesen lo que tú has hecho?... ¿Has pensado en esto? ¿Qué? ¿No te atreves a levantar la vista del suelo?

(Elena ha aparecido a espaldas de Valentín y le oye las últimas palabras.)

Elena Pero, ¿a quién estás hablando?

Val. (Sorprendido y confuso.) ¡Ah! (Señalando a la silla.) A quien ha de ser... A ti.

Elena ¿Eh?

Val. Pero comenzaré... Elena, lo que tú has hecho...

Elena (Cortándole la palabra.) No... Deja que te hable yo primero, Valentín... Hace un momento me resistía a tener esta explicación contigo, pero ahora me alegro... Valentín, te suplico que me perdones...

Val. (Desconcertado, siempre cómicamente, un poco en bobo, en palomino atontado.) ¡Yo!

Elena Sí... No es justo que hayas resultado tú el juguete de las intrigas de la Condesa, porque esta catástrofe se la debemos a la Condesa...

Val. ¡Claro que no es justo!...

Elena Pero yo no he sido cómplice de ella, te lo

juro, y creo que no necesitaré sincerarme... Esto es lo único que a tus ojos puede disculpar mi conducta.

Val. (Recobrando un poco el dominio sobre sí mismo y con cierta severidad.) Sin embargo, he de recordarte que cuando se da una palabra formal, cuando se adquiere un compromiso solemne, cuando se llega al extremo de...

(Entra de pronto Ernestina con una bandeja llena de confituras, rebanadas de pan, servilletas, etc., etc.)

Ern. (Poniendo la bandeja sobre la mesa.) Aquí tiene usted la confitura, señorito...

Elena ¡Eh! ¿Qué es eso?

Val. (Contrariado porque le han cortado el hilo del discurso y muy molesto.) Yo no sé...

Ern. (Indignada.) ¿Cómo que no sabe usted?... ¡Si es usted quien la ha pedido hace un momento! ¡Y ha dicho, además, que la quería de ciruela! (Retirándose.) ¡Vaya! Pero qué embusteras son estas gentes de París... (Vase.)

Val. (Un poco confuso.) Fué la señora de Trevillar que... al saber que yo no me había desayunado aún, me ofreció esas confituras... Pero no las quiero...

Elena (Muy servicial.) ¡Ah! Eso sí que no... Yo misma te serviré...

Val. No... no...

Elena Sí... sí... Ya lo creo... Voy a preparar una buena ración... (Coge una rebanada de pan y la rocía de dulce.)

Val. La verdad es que no sé... si debo aceptar...

Elena Sí debes aceptar... Sí debes aceptar... (Dándole la rebanada y haciendo que la coja casi a la fuerza.) y mientras comes, hablaremos tranquilamente, como buenos amigos...

Val. Creo, por el contrario, que vale más que no hablemos... Una conversación entre nosotros puede obligarme a decirte palabras desagradables, y un poco fuertes quizás... (Da un bocado en el pan.)

Elena Eso ya no es posible...

Val. ¿Por qué?

Elena Porque un hombre que tiene la boca llena de dulce no puede enfadarse...

Val. (Suelta indignado el pan sobre la bandeja.) ¡Esto es ya demasiado! Cada vez que quiero indig-

narme me lo impiden la presencia de una anciana, la picadura de una avispa o un pedazo de pan. Es intolerable...

Elena (Con coquetería.) Bueno, bueno... pues enfádate...

Val. Naturalmente que me enfado...

Elena No tienes razón...

Val. ¿Por qué?

Elena Porque... Lo sucedido no tiene nada de desagradable para ti...

Val. ¡Ah! Lo que es eso...

Elena Ha sido una gran fortuna.

Val. ¿Para mí?

Elena Enorme... Reflexiona... ¿Qué hubiera ocurrido ocho días después de nuestro matrimonio?

Val. No lo adivino...

Elena Yo sí lo sé... Un pretexto cualquiera... Un disgusto... Una escena violenta... y yo que me escapo de tu lado...

Val. ¡Tú!

Elena ¡No te quepa la menor duda! ¡Me hubiera escapado!

Val. ¡Bah! Tú me dices eso ahora para consolarme... (Sonriendo.)

Elena ¡Te lo digo de veras!

Val. ¡Que te hubieras escapado! ¿Me juras que te hubieras escapado?

Elena (Con un arranque.) ¡Te lo juro!

Val. ¡Ah! Eso ya varía... Casi, casi debo darte las gracias... Ahí tienes tú... Es una cosa que no se me había ocurrido... Evidentemente si eso tenía que suceder, vale más que haya sido antes...

Elena Te repito que no tienes más que motivos para estar contento... Yo lo reconozco... No soy la mujer que te hubiera hecho feliz...

Val. ¿Por qué?

Elena Porque soy caprichosa, variable, testaruda; no puedo tolerar que nadie me contraríe; quiero hacer siempre mi voluntad, y, además, tengo mal genio y soy un poco rencorosa...

Val. (Radiante.) ¡Entonces a ese pobre muchacho le vas a hacer muy desgraciado!

Elena (Con ternura.) Oh, no... ¡A él no!

Val. (Pausa. Con tristeza.) ¡Ah!... Ya... ya comprendo...

Elena (Pausa.) Perdona... ¡Te he hecho sufrir!

Val. ¡Bah! ¡No le hace!...

Elena Sí... sí...

Val. Ya me voy acostumbrando... Me has hecho sufrir tanto desde ayer...

Elena ¿Tanto?

Val. (Sacando un carnet.) Mira... La página correspondiente al día de ayer...

Elena Ya la leí... Decía:—«14 de Junio... Mi boda».

Val. (Un poco emocionado.) No... Está borrado... Lee...

Elena (Leyendo.) «14 de Junio. Mi gran desconsuelo.» (Con tristeza.) ¡Oh!

Val. No. No te entristezcas. No vale la pena. No es nada grave. Además, hoy ya el desconsuelo no es tan grande como ayer. Poco a poco irá disminuyendo. Ya sabes que yo tengo esa ventaja. Las cosas más grandes al llegar a mí pierden casi toda su importancia. Acabaré por no conservar de todo esto más que un leve recuerdo, triste y suave al mismo tiempo, porque una vez más en mi vida, la catástrofe, habrá sido una catástrofe... insignificante.

Elena Valentín... Amigo mío. Yo siento por tí una gran simpatía.

Val. (Con alegría.) ¿De veras?

Elena Hoy... hoy... te tengo más afecto que ayer.

Val. Pues mira, á mí me sucede lo mismo. ¡Es curioso!

Elena No. Muchas veces lo único que separa a un hombre simpático de una mujer bonita, es... eso precisamente: el haberse casado. Confunden la amistad con el cariño, se casan y eso es lo suficiente para hacerlos desgraciados.

Val. Entonces, nosotros...

Elena Nosotros hemos acudido a tiempo y vamos a ser dos buenos amigos, ¿quieres tú?

Val. ¡Vaya si quiero!

Elena (Ofreciéndole con coquetería el pan y el dulce.) ¿Y ahora?

Val. Ahora, sí. (Se sienta a la mesa y comienza a comer con voracidad.) ¡Ah! ¡Tenía un hambre! (Con la boca llena.)

Elena (Se sienta a su lado.) ¿Está bueno?

Val. ¡Riquísimo!

Elena No sabes qué contenta estoy. Así me gusta. Que seamos dos excelentes amigos.

Val. ¡Ya lo creo! ¿Por qué no? (Comiendo siempre.)

Elena Y para que veas, voy a darte ahora mismo una gran prueba de amistad.

Val. ¡Qué buena eres!

Elena Verás. Ya comprenderás que la situación de Andrés con sus padres ahora es... es muy delicada.

Val. Desde luego.

Elena Andrés saldrá hoy mismo de aquí para hablar con ellos. Va a explicar todo lo sucedido a su madre, que todavía no sabe una palabra.

Val. ¡Figúrate! No sabe ni siquiera que he venido yo aquí, porque no se lo he dicho a nadie.

Elena Pero tú conoces a la Condesa y sabes lo autoritario y violento que es su carácter. La primera persona que se acerque a ella para decirla la verdad.,.

Val. ¡No lo quiero pensar! ¡La muerde!

Elena Gritará, se pondrá como loca y hasta es posible que quiera maltratar... a... a... al que sea...

Val. ¡La conoces!

Elena Yo quisiera evitar este primer choque a Andrés. ¿Comprendes?

Val. Sí. Sí. (Comiendo siempre.)

Elena Nosotros necesitaríamos que alguien se prestase a afrontar la primera entrevista con la Condesa.

Val. Es una buena idea. Pero, ¿quién se presta?

Elena Es que... yo había pensado en tí.

Val. (Dejando caer el pan y levantándose bruscamente.) ¿Yo? ¡Ah! No.

Elena Ya sé que es casi un imposible lo que pido, que solo un amigo verdadero puede hacerlo.

Val. Es una locura.

Elena No. Un amigo sincero lo haría, pero yo no tengo más que uno... y para eso lo tengo desde hace diez minutos nada más.

Val. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Elena ¿Por qué? Ese sería en tí un bello gesto.

Nadie podría murmurar de tu conducta. ¿Quién se atrevería luego a decir que habías quedado en ridículo?

Val. ¿Cómo?

Elena ¡Claro! Si eres tú, tú mismo quien intercede por nosotros; si eres nuestro protector; si no sólo renuncias a mi mano, si no que allanas todas las dificultades para que yo me case con otro hombre y esto lo haces públicamente y todo el mundo se entera de ello, ¿no ves que tu conducta, lejos de parecer ridícula, te conquistará las simpatías de la gente?

Val. ¡Oye! ¡Oye! Pues eso sí que es verdad.

Elena ¿Te negarás aún? (Con coquetería.) ¿No, verdad? No. Irás. Sí, sí. Lo se. Irás.

Val. ¡Sí! Iré. Iré por complacerte y además por el gusto que me va a dar poder decir a la Condesa que se ha equivocado: que quería burlarse de mí y no lo ha conseguido. ¡Es la primera vez en mi vida que voy a disfrutar dando una mala noticia! ¡Iré!

Elena ¡Ah! ¡Qué bueno eres! ¡Abrázame! (Al ir a abrazarla se detiene.)

Val. Ayer no quisiste.

Elena ¡Pero hoy, sí quiero! (Se abrazan.)

Val. ¡Qué alegría me das!

(Abrese la puerta del foro y aparece la Condesa en traje elegantísimo de viaje. Detrás de ella estará el Conde. La Condesa sorprende a Elena y Valentín abrazados. Elena que la ve, se desprende de los brazos de Valentín dando un grito y vase corriendo primera derecha. Valentín se vuelve y queda frente a la Condesa.)

ESCENA XI

La CONDESA, VALENTÍN y el CONDE

Cond.ª ¡Elena! (Valentín se vuelve.) ¡Usted!

Val. Sí... yo.

Cond.ª Pero esto es incomprensible.

Val. (Atontado.) ¡Sí!

Cond.ª ¿Entonces todo está arreglado?

Val. Sí, sí. Digo, no. Digo, sí.

Cond.ª ¡Yo voy a perder la cabeza! De manera que se escapó ayer Elena, porque no quería casarse con usted y hoy, al llegar aquí, la encuentro en sus brazos.

Val. Sí, sí... pero... es que...

Cond.ª Vamos, explíquese usted. ¿De dónde viene usted? ¿Desde cuándo está usted aquí? ¿Qué le ha dicho a usted Elena? ¿Qué hacía usted ahí?

Val. Yo... estaba comiendo.

Cond.ª ¿Dulces? ¿A las once de la mañana? ¿Y abrazando a Elena? ¿Eso quiere decir que se han reconciliado ustedes?

Val. Sí, señora, sí.

Cond.ª Entonces se casan ustedes.

Val. No, no, señora, no.

Cond.ª ¿Quiere usted decirme qué le pasa? Usted no tiene más que una cualidad; la de ser claro y preciso. Hable usted.

Val. (Tartamudeando.) Sí, señora. Lo seré. A veces, señora, se imagina uno en la vida, y sin embargo luego sucede que, yo, por ejemplo, porque las cosas vienen así, y después nada. Piensa uno esto. Se figura lo otro. Como es natural, y luego, ya ve usted. Es todo lo contrario. Ni más ni menos.

Cond.ª ¡Eh! Vamos. Es para volverse loca. Usted no sabe lo que dice. Le desconozco a usted.

Val. ¡Ah! Es que yo he cambiado mucho desde ayer, señora.

Cond.ª ¿Y cómo es eso, amigo mío?

Val. Sí. Desde ayer he empezado a olvidar mis costumbres de precisión, orden y exactitud. Ahora me pregunto si no será mejor cambiar de conducta.

Cond.ª Sigo sin entenderle a usted.

Val. Verá usted qué pronto me entiende... (Resuelto.) Yo, señora, he averiguado una cosa que usted ha procurado ocultarme cuidadosamente....

Cond.ª (Autoritaria.) Cállese usted...

Val. No me callaré...

Cond.ª Cállese usted, digo.

Conde (Interviniendo.) Al contrario, hable usted... Diga usted lo que sea...

Cond.ª Lo que va a decir no es cierto...

Val. Sí, señora... Usted me ha ocultado las relaciones amorosas que desde hace largo tiempa sostenían Andrés y Elena...

Conde ¿Qué dice usted? ¡Mi hijo!

Cond.ª Creí que era más leal no decir a usted una palabra de ese asunto. Además eso terminó porque yo no hubiera consentido, ni consentiría nunca semejante matrimonio. Andrés no se acuerda para nada de Elena... Está en Viena muy contento y tardará en volver...

Val. Sí, señora... Digo, no, señora, no... porque... Andrés está aquí.

Cond.ª (Estupefacta.) ¡Cómo! ¡El!

Val. Elena no se escapó sola... ¡Se escapó con Andrés!

Conde ¡Ah!

Cond.ª Eso no es verdad... ¡No! ¡No! No es posible...

Val. Ahora mismo le verá usted y supongo que eso la convencerá...

Cond.ª ¡Oh! ¡Oh! ¡Esto es horrible! De modo que estaban de acuerdo... ¡Ah! Pero yo no lo consentiré... No faltaba más... (A Valentín.) Y usted... ¿usted no hace nada, no dice nada?... ¿Lo sabe y se queda tan fresco?...

Val. Ya lo ve usted..

Cond.ª (Indignada.) No; si no me extraña... ¿Quiere usted saber lo que pienso de usted? Pues que estaba usted predestinado...

Conde (Interviniendo.) Vamos, calma... calma...

Val. ¡Señora! Eso es intolerable... Ya me lo dijo usted ayer...

Cond.ª Pues si no lo quiere usted oir, puede usted marcharse...

Val. ¡Ya lo creo que me iré!...

Conde Amigo mío... Le ruego a usted que nos deje solos unos momentos... Tengo necesidad de hablar con mi esposa...

Val. Sí, señor, sí... Con mucho gusto... Volveré otra vez al jardín... Decididamente soy el hombre del jardín... (Vase Valentín.)

ESCENA XII

La CONDESA y el CONDE

Cond.ª ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Conde (Dulcemente.) Poca cosa... ¡Quiero que Elena y Andrés se casen!

Cond.ª (Estupefacta.) ¿Que tú?... ¿Que tú quieres? ¡Pero tú estás loco!

Conde Me parece que no.

Cond.ª Yo no daré mi consentimiento jamás...

Coude (Dulcemente.) Sí...

Cond ª ¡Te juro que no!

Coude Y yo te digo que sí... Jamás me opuse á tus caprichos, pero en esta ocasión tengo el sentimiento de decirte que estoy dispuesto a hacer respetar mi voluntad y que quieras ó no, Elena y Andrés se casarán...

Cond.ª ¡Ah! ¿Es una amenaza?

Conde No... ¡Es una resolución!

Cond.ª (Cambiando de tono.) Está bien... Puesto que quieres ejercer tu autoridad, me resigno... Tanto peor para mi hijo al que vas a echar en los brazos de una aventurera.

ESCENA XIII

DICHOS y la SEÑORA DE TREVILLAR. La señora de Trevillar oye las últimas palabras e inmediatamente avanza

Sra. Tre. Eso no es verdad, señora... ¡Y usted lo sabe bien! Elena no es capaz de dejarse guiar por el cálculo... Siento mucho que sean estas las primeras palabras que me veo precisada a dirigir a usted, pero no consentiré nunca que en mi presencia insulte nadie a Elena...

Conde Señora... yo no tengo nada que hablar con usted... No nos vemos, ni nos hemos dirigido la palabra desde hace veinte años y no creo que sea hoy el día elegido para nuestra reconciliación.

Cond.ª Tampoco yo lo creo...

Sra. Tre. Yo no la deseo...

Cond.ª Tú, ¿vienes? (Al Conde.)

Conde No... me quedo porque quiero dar un abrazo á mis hijos...

Cond.ª En ese caso tomarás el tren... Yo me llevo el auto... ¡Señora! (Vase la Condesa.)

Sra. Tre. (Indignada.) *¡He! que s'ané fa dessosa, queyo vieyo tsabro!*

Conde (Muy intrigado.) ¿Eh? ¿Qué es lo que dice?

Sra. Tre. ¡Es una cosa en *patuá* que le digo á tu mujer!

Conde ¡No he entendido una palabra, pero me parece muy acertado!

Sra. Tre. (Le abraza.) ¡Ah! Yo lo sé... ¡Tú eres bueno! ¡Tú eres bueno!

Conde ¡Bah! Por casualidad...

Sra. Tre. Ahora los verás... ¡Qué dichosos van á ser! ¡Pero lo merecen! ¡Si supieras cuánto te quieren!...

Conde ¿Sí?... Yo que dicen por ahí que soy un sabio, no soy más que un viejo inútil que he consagrado mi existencia al estudio... Y he aprendido que el amor es la sola felicidad... Por eso los admiro... Porque son la juventud del mundo... El amor ha encendido sobre ellos su divina luz... Son los dioses de la tierra...

ESCENA XIV

DICHOS, ELENA y ANDRÉS, luego VALENTÍN

Sra. Tre. ¡Míralos! ¡Aquí están! (Elena y Andrés entran por el foro.)

Conde ¡Hijos míos! ¡Elena!

Elena ¡Tío! (Se abrazan los tres.)

Sra. Tre. Pero, ¿y Valentín?

(Valentín aparece en escena, rojo completamente, congestionado. Con un pañuelo se enjugará el sudor.)

Val. Perdonen ustedes... He permanecido en el jardín todo el tiempo que me ha sido posible... pero es mediodía y... el sol abrasa...

Sra. Tre. ¡Pobre hombre! Venga usted...

Elena (Aproximándose a Valentín.) Valentín... ¿quieres darme tu *carnet?*

Val. (Sacándole.) Aquí está... ¿Para qué le quieres?

Elena Escribe en la página correspondiente al día de hoy.,. «Elena es muy feliz.»

Val. (Escribiendo,) «15 de Junio.—Elena es muy feliz.»

Elena (Dictando.) «Y yo... estoy .. contentísimo.»

Val. (Escribiendo.) «Y yo... estoy... contento.»

Andrés (A Valentín.) Caballero... ¿Permite usted que le estreche la mano?

Val. (Tendiendo la mano.) Con mucho gusto... (Viendo el sombrero que tiene Andrés.) ¡Cómo!... ¡Mi sombrero!... Pero este hombre me quita la novia, me quita el sombrero... No, no... la mano todavía no... Dentro de quince días... Lo anotaré... (Escribiendo.) «1.º de Julio... dar la mano á Andrés...» (Sonríe satisfecho.)

Sra. Tre. ¿Qué le pasa á usted?

Val. (Un poco emocionado y con aire infantil.) ¡Qué quiere usted!... Es una tontería... ¡pero es que me parece que soy ya de la familia!

FIN DE LA COMEDIA

Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro ó Reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó (1).

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original (1).

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner (1).

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolora, juguete cómico en un acto y en prosa (2).

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso (3).

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa (4).

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso (5).

El Delirio Dominical, humorada cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso (6).

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso (5).

El conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, opereta en tres actos.

¡¡Al fin, solos!!... juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa (2).

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan... opereta en tres actos (5).

Los Húsares del Kaiser, opereta en tres actos.

Mis tres mujeres, opereta en tres actos (5).

Petit café, comedia en tres actos de Tristan Bernard.

Los inmortales, comedia en cuatro actos de Flers y De Caillavet.

La toma de la Bastilla, comedia en cuatro actos.

La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, música del maestro P. Luna (5).

La señorita Capricho, opereta en tres actos, música de H. Bereny (5).

Las píldoras de Hércules, opereta en tres actos (5).

¡A ver si cuidas de Amelia!, opereta en tres actos (5).

El Príncipe Carnaval, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde (5).

El Señor Juez, vodevil en cuatro actos (7).

Mi tía Ramona, comedia bufa en tres actos.

Mi amiga, humorada en tres actos (5).

La loca aventura, comedia en tres actos (7).

---

(1) En colaboración con D. Luis París.
(2) Idem con D. Enrique López-Marín.
(3) Idem con D. Enrique García Alvarez.
(4) Idem con D. Cristóbal de Castro.
(5) Idem con D. Ramón Asensio Más.
(6) Idem con D. Agustín R. Bonnat.
(7) Idem con D. Enrique Gutiérrez Roig.

Obras de Enrique F. Gutiérrez-Roig

La modelo, diálogo en escenas.
Géneros del Reino, revista cómica.
¡Miedo!... cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupin, comedia en tres actos.
Nick Carter, melodrama en seis actos.
La loca aventura, comedia en tres actos.

La antigua Roma. (Sonetos.)
Cascabeles de oro. (Poesías.)

☛ Este ejemplar, impreso exclusivamente para el servicio de las compañías, se vende al precio de **Tres pesetas.**